temas de hoy | Novela | 268 g | 32 496 palabras

Ha pasado un minuto y queda una vida

Gabriela Consuegra

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. PREMONICIONES
- IB6674
- I
- Ángulo de tiro
- Final de viaje
- 2008
- Para dejar la puerta abierta
- Vivir como mi padre
- Hora pico

2. LA IRRUPCIÓN
- Carcinogénesis
- Fatalidad
- Café con leche
- La grieta
- Encontronazo vespertino
- Alaridos
- Principio de Nirvana
- Abrázame como si estuviera lloviendo
- La retirada
- II
- Caracas en ambulancia
- Una mano lava la otra
- El espacio que ocupa el vacío
- La primera noche
- Perdonar a Lorena

Ante todo, no hagas daño
Recuperación
III
3. DESPEDIDAS
Lo que nunca me dijo
Lucila
A dónde van las plegarias
Grandes esperanzas
IB6673
Alvarito
El amor después del amor
Absolución
Ciclos
IV
La última noche
AGRADECIMIENTOS
GABRIELA CONSUEGRA
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Siempre seremos demasiado jóvenes para perder a un padre.

Todo empieza por la célula. Una célula de Álvaro se transforma, muta, se reprograma, se niega a morir. Pronto vienen más, se rebelan ante el organismo, se reproducen, forman masas, bultos. Con ellas llegan los síntomas y con los síntomas, el diagnóstico. Pero Álvaro no lo escucha solo, porque quien está allí, junto a él, es Gabriela, su hija. Será ella quien narre esos días y por tanto esta historia, la de una familia que se enfrenta a un destino feroz y a la rabia y desolación de un futuro que se convierte en amenaza.

Gabriela escribe aquí un testimonio poético, un reconocimiento de lo poco preparados que estamos para cuidar a quien nos ha cuidado. Un relato hecho de retazos rescatados al recuerdo para narrar el difícil camino de una hija que empieza a asumir que existirá un mundo incapaz de imaginar. Un mundo sin su padre.

Ha pasado un minuto y queda una vida

Gabriela Consuegra

temas de hoy

Para Álvaro Consuegra.
Y, con especial afecto, para sus doctores:
Carlos Peña y Leonardo Moschini.
Gracias.

1
PREMONICIONES

IB6674

Le temimos a la muerte durante dos años, pero no llegó. Ni siquiera cuando perdimos la esperanza. Tampoco nos emboscó cuando la recuperamos. No llegó amparándose en la noche ni descubriéndose en pleno día. No llegó cuando llovía ni cuando llorabas. No llegó cuando reías. No llegó cuando la deseaste ni cuando la rehuiste.

No llegó. La muerte se olvidó de nosotros.

Su ausencia nos dejó varados entre la incertidumbre y la miseria, pero también convirtió cada día en un milagro, en un resplandor. Y hemos disfrutado de un tiempo extra maravilloso —a pesar de las penurias—, ahí donde convertimos la enfermedad en vida y la vida en cotidianidad y la cotidianidad, como siempre, en amor.

Usualmente, para mí todo tiene un carácter insustancial que me disgusta; el tiempo me vuelve pesadas las cosas y, al final, todo parece prescindible. Todo menos tú. Contigo el tiempo nunca ha sido ni será suficiente, papá, y eso lo entendí durante estos dos años: no estoy preparada para dejarte ir. Y no lo estaré nunca.

Vivimos temiendo a la muerte cuando en realidad le tememos a la despedida. Al vacío y las preguntas que genera, a los cabos sueltos. Esta certeza es macabra y más terrible porque las despedidas suelen encontrarnos antes: caminamos de la mano en una cuerda floja y, un día, sin previo aviso, nos quedamos en la mitad de una oración. La conclusión es siempre la misma: no es fácil soltarte, no es fácil seguir adelante, no es fácil sentir tu mirada en mi espalda.

Lo asumí. Estábamos destinados a decir adiós porque la vida

es eso: irse despidiendo. Así que cierro los ojos cuando te beso en la frente, cuando te abrazo, como tantas veces; veo tu mirada de niño, que conservas bien, y tus lágrimas, que también son mías. Te aprieto la mano, huelo tu compañía, tu sabiduría, tu rabia, tu tristeza. Y quisiera quedarme a tu lado, quedarme muy quieta, dejar que se nos vaya el tiempo mientras hablamos bajito y que se acabe todo así, en esta quietud, en este susurro.

Pero no puedo.

Soy esa parte de ti que se resiste y que a la vez sabe que debe seguir viviendo.

Ya no puedo continuar bailando sobre tus pies. Así comienza esta soledad: con tu voz diciendo que el taxi ha llegado muy rápido y con tu intento fallido de no llorar. Qué difícil es soltar la única mano que no quisieras soltar nunca. Por eso tomo una maleta grande, un abrigo y salgo de casa. Avanzo y me muevo y me desplazo y dejo atrás todo lo que fuera nuestro. Subo a ese carro extraño que me espera e inicio mi camino al aeropuerto.

Es la primera vez que hago este recorrido sin ti.

Veo todas las calles que conocí tan bien y ya no significan nada, veo el quiosco donde venden el periódico que no te volveré a comprar y el local de las tortas de chocolate que tanto nos gustan, la frutería a la que íbamos por agua de coco, la óptica en la que arreglabas tus gafas, la esquina en la que nos encontrábamos para regresar juntos a casa. Es mediodía y hay niños en la salida de la que fue mi escuela. Te recuerdo en la puerta, esperándome, listo para cargar mi bolso mientras yo te contaba mi día y corría en círculos a tu alrededor como orbitan los planetas o las lunas. Veo mi casa de la infancia, el país en el que crecí y del que ya no formo parte, la patria que perderé con tus abrazos.

La autopista me engulle y esta vida ahora parece un sueño: los parques, las plazas, mis amigos y los cumpleaños, mi primer beso, las cervezas frente al mar, el día que entré a la universidad... todo lo que viví, lo que he amado, todo lo que no cabe en el equipaje. Mi memoria se desespera y los recuerdos se apilan. El trayecto termina antes de que pueda asimilar esta fragmentación. Cuando llego, siento que ya no queda nada.

Espero en la fila para hacer el *check-in* y vuelvo a mi niñez, cuando la cima del mundo eran tus hombros, cuando la felicidad era una cosa sencilla. Sentí miedo pocas veces, jamás pensé en la muerte ni en la tristeza y menos en las despedidas.

El proceso fluye con rapidez: entrego mi documentación y en dos minutos tengo un pasaje en la mano diferente a cualquiera que haya sostenido.

Me dirijo a la zona de embarque, ese punto de no retorno donde algo se quiebra. Sé que una vez que atraviese esta puerta, mi papá se quedará del otro lado. Cuando lo hago, ese mundo que he construido durante años se desploma casi con indiferencia. Solo ida: una promesa explícita de que al otro lado del océano tengo que empezar de nuevo.

En la aduana, un funcionario me detiene.

—¿Tienes algo que declarar? ¿Qué llevas en la maleta?

—Estoy vacía.

El hombre se queda en silencio y me observa por un minuto, luego se aparta de mi camino. En adelante voy a llorar con ahínco. Quiero que todo se diluya.

Ya en el avión, el llanto cesa. Permanezco inmóvil, mirando por la ventanilla en espera del despegue. Venezuela me regala un último atardecer y lo recibo como quien acepta unas disculpas. Recuerdo entonces una de las últimas conversaciones que tuve con mi papá: «No quiero que te vayas, pero sé que es lo correcto. Tienes una vida maravillosa por delante, y te está esperando afuera de este país. No me hagas morir con la sensación de que te dejé aquí atrapada. Si tú te vas y yo me muero, lo haré con una sonrisa, hija. Cuando los demás me vean se van a preguntar: "¿Este de qué se reía?". Y yo voy a saber que me reí porque te escapaste, porque fuiste libre».

Siento una presión en el pecho que baja de golpe al estómago. Respiro profundo. Y el avión despega.

I

Caracas, 11 de junio de 2011

—Vamos a comenzar, Álvaro: ¿con qué pecado capital te identificas?

—Con ninguno.

—Ok. Entonces ¿cuál es tu defecto?

—Soy muy echón.

—¿Una persona a la que admires...?

—Eeeh..., yo.

—¿Por qué?

—Porque me gusta cómo soy y cumplo las expectativas de lo que tiene que ser una persona.

—¿Y qué es para ti lo que tiene que ser una persona?

—Una persona correcta, frentera, que no se amilane, que siempre vaya para adelante, que maneje con espejos retrovisores, que no haga daño, que conquiste sus metas con tesón.

—¿Te han dicho que eres muy sentimental?

—Sí.

—A ver, ¿a qué persona no quitarías nunca de tu vida? Si tuvieras que elegir a una sola y borrar al resto.

—A mi papá.

—¿Por qué? ¿Qué te enseñó?

—Y me estoy acordando también de a quién admiro: a Mafalda.

—¿A Mafalda? ¿Por qué?

—Por el espíritu crítico que tiene y por el peso de todas sus observaciones.

—Ok, y ¿por qué a tu papá?

—Porque... tanto tiempo después de no tenerlo, lo sigo

apreciando y sigo sin encontrarle grandes defectos.

—Bien, cuéntame un momento de impacto en tu vida.

—Un momento de impacto: una vez que me golpearon con un bate en la cabeza.

—¿En serio?

—Sí, en una fiesta de quince años.

—¿Y por qué?

—¡No sé! ¡Yo me acerqué a ver qué pasaba y me pegaron!

—¿Y qué aprendiste?

—A no ser tan curioso. Pero, de verdad, un momento de impacto: el grado de mi hija mayor. Y estoy seguro de que el de mi hija menor también lo será.

—Jajaja, esperemos que vivas para ver eso.

Ángulo de tiro

Esa mañana, yo todavía ignoro que la tristeza, gran cazadora, me tiene a tiro. Todo parece ir bien. Mis pensamientos flotan en la superficie del mar que llevo dentro, despreocupados. Afuera hace frío y el otoño ha comenzado a transformar los árboles. Los veo desde la ventana, sin prestarles demasiada atención, mientras combaten con los vientos de 100 km/h que deja la primera borrasca de la temporada y se forman en la calle pequeños remolinos de hojas secas. Me caliento las manos con una taza de té, veo una comedia romántica en la tele y me siento como una persona completamente normal. Caigo en la trampa.

De repente me vengo arriba porque todo parece ir tan bien que se me antoja buena idea hacer un viaje sencillo, el último del año. Pienso en un bosque, en paseos helados que me despierten todo el cuerpo por las mañanas y en una cabaña caliente a la que volver para comer, descorchar un mencía y leer. Pienso en la posibilidad de estar sola con mis aficiones y me gusta.

Hago una búsqueda rápida con el móvil y encuentro un hospedaje a cuarenta minutos de casa. Recién reformada, acabados de madera, la cabaña se alza en mitad de un bosque caducifolio, rodeada por carballos, castaños, nogales y sobreiras. Cama de hotel, grande y cubierta de almohadas hasta la mitad, ventanales amplios en los que golpeará la lluvia, al fondo despunta el mar. Tele y chimenea, desayuno incluido, frutas, bombones y vinos por petición. El precio es asequible y me lo puedo permitir porque con el regreso al trabajo han vuelto los depósitos a fin de mes. Además, cuento con un ingreso extra que, según mis cálculos, ya debí de recibir.

Antes de reservar, decido revisar mi cuenta corriente para confirmar que ya lo tengo, pero aún no se ha hecho efectivo. Envío

un mensaje al pagador y continúo viendo esa película que podría ser cualquier otra. Mientras espero su respuesta, se enciende esa preocupación discreta pero constante que desde siempre me despiertan todas las actividades administrativas.

Su mensaje llega casi de inmediato, sin dejarme tiempo para la autocomplacencia: «¿Enviaste la factura?», y mi reacción es una risa estridente y un calor que me recorre todo el cuerpo porque mi impostura de persona adulta se viene abajo. Me disculpo y me apuro para atajar la situación de la única manera que sé: con honestidad. Explico que me olvidé completamente de enviarla y que a eso se suma el hecho de que nunca hice una. «Perdón, pero es la primera vez que hago una factura en mi vida», resumo.

Solo entonces me doy cuenta de que la tristeza me apunta.

Me responden con una plantilla y un «No te preocupes por nada». Mientras la reviso y completo mis datos, vuelvo al estudio de mi padre. Lo escucho diciéndome: «Lo único más importante que hacer bien el trabajo es hacer bien la factura», una frase a la que yo nunca le presté ninguna atención. Me llama: «Ven, aprende, que no te voy a durar toda la vida», y parece tan improbable que yo decido marcharme. «No, me aburre», le digo, me río y me voy.

Incluso cuando enfermó y yo me encargaba de todo, las facturas siempre fueron su departamento. Me mantenía al margen porque aún no entendía que la pérdida también era eso. Al principio, la muerte es ansiedad, imaginarse lo peor constantemente. No alcanzas a entender, más allá del marco teórico, su significado. Al principio, todo es dolor y miedo. Pero más tarde se asienta, se empoza, y cuando la tristeza está en reposo, la ausencia comienza a tomar forma en los detalles prácticos de la vida. Con el tiempo, la muerte de tu padre se convierte en tener que hacer tus propias facturas.

Se desploma sobre mí una avalancha de practicidad: limpiar la memoria del ordenador, actualizar los programas y el antivirus, apagar las luces de la casa antes de dormir, renovar la suscripción de los periódicos, poner el despertador, cambiar la hoja del calendario a fin de mes. Todas las cosas invisibles, las primeras veces inesperadas que cortan como el filo de un papel.

Final de viaje

La muerte de mi padre me despertó del largo letargo que es la infancia, esa especie de inmortalidad, o viceversa. Su partida puso en marcha otro tiempo. Desde entonces, el reloj en mi cabeza baila como una brújula rota y vivo cada hora en este limbo: la tragicomedia de estar y haberme ido.

La ingenuidad es un velo que se quita fácil después de una pérdida muy honda. La muerte, cuando es tan cercana, se siente en carne propia. Genera esta cosa extraña en quien la sufre, este afán por respirar y por vivir que se mezcla con una desorientación tremenda. La muerte le da perspectiva al viaje, barniza los sentidos y los transforma: se juntan el vértigo, lo leve y lo profundo.

Ahora, por ejemplo, padezco una terrible sensibilidad frente a la belleza.

Jamás olvidaré la mañana en la que fui al cementerio para la cremación de mi papá: aquel fue un encuentro vehemente con la belleza. Contemplé las flores, los árboles, las hojas que se mecían con el viento y copiaban el sonido de las olas. La claridad era abundante pero no abrumadora, un tenue olor a tierra mojada acariciaba mi memoria y traía de vuelta tu voz: «Abrázame como si estuviera lloviendo». Todo me conmovía profundamente, mis sentidos se habían agudizado tanto, desesperados por rescatar algo sublime del mundo, que la belleza que percibí ese día solo era equiparable a mi dolor.

Desde entonces son incontables los momentos en los que me he quedado pasmada, en mitad de cualquier parte, porque la belleza me abruma y me acongoja. Una pareja joven baila en mitad de una plaza iluminada por un sol rojizo, dan vueltas, celebran, tararean una canción que no existe, y ahí veo belleza. En la arena de una playa donde todos los azules se mezclan, un bebé gatea

mientras su hermana, de unos tres años, corre desnuda, juega con el viento, ríe y se burla porque todo es luz. Y yo solo puedo ver la luz, porque he llegado a sentir el horror.

Por eso comencé a fotografiar atardeceres; día tras día aparecen en mi ventana con la levedad de los buenos recuerdos y dan color a mis paredes blancas. Tomo una foto y otra y otra y ahí está, de nuevo, la conciencia del instante que se escapa.

Como esos cinco niños que han llegado entre gritos y risas a la playa y ahora corren eufóricos hacia el agua. Los detalles que se transforman cuando entiendes, desde las entrañas, desde el amor y el miedo, que el tiempo se mantiene siempre en movimiento y la vida es cuenta atrás.

Observo la belleza de lo que no podemos conservar. Como los primeros besos o los besos de despedida. Como enamorarse y echarlo a perder, como comenzar de nuevo las veces que haga falta. Como leer un libro, viajar a un país nuevo y regresar. Como la cerveza fría o el café de la mañana. Como la superluna o la luna roja, como todas las lunas y tantas canciones. Como el vuelo bajo de una gaviota. Como volver a reírse, como llorar en las noches. Como las voces y los perfumes.

Como Alvarito.

A veces me parece insólito tener veinticuatro años y sentir que siempre es tarde, que es imposible mirar otra vez. Esta noción del tiempo como una brújula que inevitablemente nos hará naufragar. Pero si hemos venido a naufragar, qué suerte tenemos de que por lo menos naufraguemos en la belleza. No es cualquier consuelo. La felicidad, como me la imaginaba, parece ahora una apuesta inverosímil. Pero la belleza está allí, en mi perro corriendo en un campo de flores.

La belleza no es mía, pero es para mí.

Han transcurrido casi cuatro años desde que empezó esta historia.

Ha pasado un año y cuatro meses desde la muerte de mi papá.

Y aquí estoy, observando la estela que dejó y que lo cubre todo, que lo embellece todo... y lo destruye.

La relatividad que envuelve el misterio que nos heredó.

Aunque papá se convirtió en mi mayor abismo, y a pesar de la profundidad de mi depresión, de mi despropósito, de este primer gran naufragio, mi terapia fue contarlo: sentirte intensamente, dejarme sobrepasar y encontrar la belleza de dejarte ir. Aunque diga tu nombre todos los días, Alvarito.

Cualquier registro es pequeño. Hay tantas cosas que no consigo contar en estas páginas... Treinta y dos mil palabras y en ninguna está tu mirada, tu manera de reír o de llorar. No consigo mostrarlo y ahora el mundo entero se lo pierde. Pero tenía que tratar, porque el eco del recuerdo me mantiene todavía contigo y sé que siempre podré encontrarnos en esta historia, que se quedó con las mejores partes porque «la vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda». Y aunque no hay más consejos, chistes o cuentos, aunque llegamos al final del viaje, sé que aquí puedo leerte otra vez, como a mi libro favorito.

El cielo nunca se ve igual en las fotos, pero fotografiarlo a pesar de eso es nuestro homenaje a su encanto. Por eso enfoco tu rostro y pulso el obturador.

Atrapo la belleza que dejaste para burlarnos del tiempo otra vez.

2008

Pasa de repente.

Nos vestíamos para ir a la misa de graduación de Ange.

Estás agitado, como siempre. Te cuesta respirar y estás harto. Me dices que no quieres ir, luego que no puedes y después que te vas a nebulizar para ver si te sientes mejor. Salgo del cuarto cuando te das el primer puff de un medicamento. Olvidé el nombre.

Entro al baño que está al lado y comienzo a buscar la pintura de uñas roja que combina con la camisa que voy a usar. Vuelvo al cuarto para ver cómo vas. Te encuentro sentado, con las manos apoyadas en las rodillas y una respiración caótica que te obliga a subir los hombros casi hasta el cielo.

Siento escalofríos. Por momentos tu respiración es un pitido agudo. «Calma», me digo.

Tienes puesto un *blue jean*, y tu camisa blanca, que siempre planchas a la perfección, está a medio abrochar. Las medias grises de rombos azules esperan para ser cubiertas con tus zapatos negros pulidos con betún y cepillo.

Me dices que te vas a dar otro puff. Yo salgo de nuevo del cuarto. Me siento extraña. No recuerdo dónde dejé la pintura de uñas. La busco sin mucho esfuerzo, mientras toco los bolsillos de mi pantalón, primero los de adelante, luego los de atrás, y ahí la encuentro. Camino hacia el balcón mientras miro mi reloj. Vamos tarde.

Caracas, sin embargo, está resplandeciente, llama a la calma, a respirar profundo.

Apoyo mi mano izquierda en el borde del balcón y abro el frasco. Comienzo con el dedo meñique, paso la brocha con cuidado. Hago lo mismo con todas las uñas de la mano izquierda.

Estoy concentrada y los sonidos del viento, que parece correr por el cielo, me mantienen absorta. Pero entonces otro ruido me interrumpe. Me quedo paralizada, confundida. Lo oigo otra vez: es un grito ahogado que pronuncia mi nombre. Mis manos sueltan todo lo que sostenían. El piso de porcelanato blanco se pinta de rojo.

—Papá está mal. No puede respirar, se está ahogando. No, estoy sola. No sé, no sé qué pasó. Él estaba agitado desde temprano, pero ahora empeoró. Sí, se había dado unos puffs. Creo que más de tres, ¿por qué? ¿Qué hago, Ange? ¿A dónde lo llevo? Voy saliendo. Tranquila, que yo llego.

Papá me mira.

—Papi, nos vamos para el Clínico, ¿ok? Ange nos está esperando allá.

Papá asiente, no puede hablar.

—Voy a ponerte los zapatos.

Agarro unos deportivos blancos que le encantan. Uno por uno, se los pongo con delicadeza, trato de no moverlo demasiado, mis manos tiemblan y sudan frío. Su cara trata de ocultar la desesperación, pero él sabe que se está muriendo.

Y se está muriendo frente a su hija menor.

Vuelvo a concentrarme, intento no pensar. Termino de atarle bien los cordones, agarro un suéter y me lo pongo encima de la camisa de fiesta que ahora me estorba y me avergüenza. Se abre la puerta de la casa. Me encuentro con mi tío.

—¿Están listos? —pregunta.

—¡Tío, necesito que nos lleves al hospital! ¡Mi papá está mal, no respira!

Él me observa, incrédulo, tratando de comprender algo que ya sabe. Responde sin hacer preguntas.

—Vámonos ya.

La vida nos cambia en segundos. Hace un momento nos arreglábamos para ir a la misa de graduación de Ange y, ahora, aquí estamos. Qué mediocre es la conciencia, tan limitada por la

esperanza e incapaz de anticiparse a las desgracias.

Vuelvo al cuarto. Mi tío me sigue, alza por los brazos a mi papá, que se queda sin aire. Mi papá comienza a negar con la cabeza. Se desespera. Intenta hablar.

—No puedo —alcanza a decir.

—Mejor vamos a llevarlo en una silla. No se puede mover.

Acerco rápidamente la silla de la computadora porque tiene ruedas.

—¿Mejor? —le pregunto.

Responde que sí con un gesto cansado.

Agarro mi bolso, que estaba colgado en la manilla de la puerta. Salgo antes que ellos y llamo el ascensor. Volteo y veo a mi papá, ahí viene: con su camisa blanca, perfectamente planchada, a medio abrochar, con las manos apoyadas en las piernas, con los hombros que se alzan, grotescos, y el cuello tenso, con la piel que cubre su garganta y su pecho hundiéndose de una forma espantosa, revelando agujeros y contornos de un cuerpo que se apaga.

De pronto mi papá está a mi lado de nuevo. Abotono un poco más su camisa, le acaricio la mano. Las puertas del ascensor se abren, entramos y bajamos hasta el sótano 3. Llegamos al carro. Dejamos la silla tirada en mitad del estacionamiento y nos vamos.

Vuelvo a tu mano. A veces siento que no estás, que ya no estás. No sé si tienes tiempo, aunque sea, para verme, para sentirme ahí, contigo.

No sé exactamente cuánto tiempo perdemos por el tráfico pesado, pero cuando llegamos al Hospital Clínico Universitario, mi papá está helado. El carro no termina de detenerse cuando mi hermana abre la puerta.

—Papi, tranquilo, ya te vamos a atender.

—Necesitamos una silla de ruedas, Ange, mi papá no se puede mover.

Ella, que trabaja ahí, comienza a tartamudear.

—No... no... no hay. Tenemos que sacarlo así. Papi, tienes que caminar.

Asiente. Lo alzamos con la ayuda de mi tío. Se apoya en los hombros de Angélica, y yo sigo sin poder hacer otra cosa que tomar su mano. Escucho a mi tío decir que va a estacionar, que ya viene. Mi hermana y yo caminamos con dificultad hacia las puertas de la Emergencia.

Atravesamos un pasillo lleno de personas a las que no me detengo a observar. Un pasillo de paredes y pisos sucios, con luces que titilan y que apenas iluminan el espacio. Mi papá no merece morir aquí. Él me aprieta la mano. Volteo para verlo, y lo encuentro con los ojos apenas abiertos, haciendo negaciones constantes con su cabeza.

—Ange, creo que no puede caminar más —le digo a mi hermana.

Ella se detiene en seco.

—Voy a buscar una silla de ruedas. Espérame. —Se aleja rápidamente. Se pierde entre la gente.

Mi papá apoya su camisa blanca en la pared sucia y vuelve a su posición agónica y triste, con las manos sobre las rodillas. Aparece mi tío, que lo sostiene de inmediato por un brazo.

—¿Qué pasa? ¿Qué estamos esperando? —pregunta.

—Que traigan una silla de ruedas.

No puedo creer nada de lo que está ocurriendo.

No encuentro demasiadas diferencias entre el Clínico y un cementerio. Esto está lleno de muertos. Aquí la gente viene a morir. Al cruzar la puerta de este lugar, uno siente la opresión de la resignación. Solo veo miradas perdidas, acomodadas en su decadencia.

Pasan cinco minutos y nada cambia. Seguimos esperando por una silla. Mi papá continúa muriendo y parece que a nadie le importa. Batas blancas van y vienen. ¿Por qué no se detienen? Mi papá se está muriendo, ¿no se dan cuenta? ¿No se dan cuenta de que toda esta gente se está muriendo? ¿No les importa? Me agarran el hombro, volteo, es mi hermana. Está sudando.

—¿Conseguiste la silla?

—Nada todavía, vamos a ir caminando hacia las escaleras.

—¿Y por qué no lo subimos por el ascensor?

—No sirve ninguno, Gabriela. Tenemos que ir por las escaleras —insiste, se desespera.

Mi tío nos ayuda a mover a mi papá. Pregunto cuántos pisos tenemos que subir.

—Tres.

Sé que él no va a poder y ella también lo sabe, pero seguimos caminando. Cuando estamos al frente, mi papá pone un pie sobre el primer escalón, mira a mi hermana y niega otra vez con la cabeza. Está cansado, no puede más.

Mi hermana tiene puesta su bata blanca. Está saliendo de su guardia. Hace unas horas atendía pacientes y ahora está viendo a mi papá morirse porque no tiene una silla de ruedas.

Si Dios existe, no tiene sentido común.

Apenas son las cuatro de la tarde y ya he comprendido dos cosas que desconocía esta mañana y que no olvidaré nunca: la primera es que a este país solo se le sobrevive en la distancia. La segunda es que mi papá va a morir.

Han pasado cuatro días y es la primera vez que voy a salir del hospital. Me alejo tan solo unos pasos y nuevamente tengo miedo de perderte. Me repiten que debo ir a casa, darme una ducha, tomar una siesta, comer algo caliente. Asiento. Me despido de ti con un abrazo largo y me marcho.

Una vez afuera, estoy tan desorientada que confundo el camino. Tengo que detenerme, respirar hondo y repetirme que estás aquí, que sigues conmigo, que no te perdimos. Retomo la marcha y esta vez acierto el rumbo. Cuando llego, todo parece haber cambiado para siempre: hay algo roto.

Camino en silencio de un lado a otro. Recuerdo las horas de espera, de sufrimiento, tu expresión agonizante, tu esfuerzo, tu mirada de inmensa ternura cuando tomaste mi mano y quizás pensaste, como yo, que sería la última vez. Recuerdo que te devolvieron a la vida en el último minuto.

Entro a tu despacho y observo tu escritorio, me siento en tu silla. Me queda tan grande.

Tu vida se ha quedado a medio hacer y desde aquí la observo. El libro que no has terminado de leer, la cajetilla de cigarros medio llena, un vaso de agua medio vacío, el bolígrafo abierto —lo cierro — y la computadora suspendida. Todos tus papeles están desperdigados por la mesa, llenos con tu caligrafía rústica: notas y más notas, teléfonos, correos electrónicos. Me siento perdida. Me pregunto qué harías tú y no sé ni por dónde empezar. Pero te busco, convencida de que en mis ojos también está tu mirada.

Las lágrimas brotan y doy rienda suelta a un llanto silencioso e intermitente, cansado de tanto esperar el momento oportuno.

Hago lo que todo el mundo dice que no hay que hacer pero nadie en esta situación puede evitar. Enciendo la computadora y escribo en Google la sentencia: «EPOC enfisema pulmonar». Entro en un enlace tras otro. La ilusión de saber algo es preferible antes que aceptar el miedo de no saber.

> … un enfisema pulmonar está asociado a un pronóstico desfavorable. Esta forma de EPOC es irreversible, porque el tejido pulmonar está demasiado dañado. A largo plazo, un enfisema pulmonar puede repercutir en el funcionamiento del corazón.
>
> En un paciente diagnosticado con enfisema, los sacos de aire más pequeños situados en el extremo distal de los bronquiolos se agrandan y, finalmente, se dañan. Esto resulta en disminución de la elasticidad de los tejidos pulmonares y formación de bolsas irregulares en los sacos de aire esféricos. Como el número de sacos de aire se reduce, la cantidad de aire inhalado (oxígeno) disminuye y, por lo tanto, hay disminución del flujo sanguíneo. Además, la baja elasticidad y el daño de los sacos de aire hacen la respiración forzada.
>
> Etapa 1 o enfisema leve: se diagnostica si la lectura del espirómetro para FEV1 es del 80 % o más de la gama normal. Para tal caso, más de 8 de cada 10 pacientes sobreviven durante 4 años.
>
> Etapa 2 o enfisema moderado: el factor de FEV1 es menor que 80 % de lo normal, pero mayor que 50 %. De cada 10 pacientes diagnosticados con la fase 2 de enfisema, aproximadamente 6 o 7 sobreviven durante 4 años.
>
> Etapa 3 o enfisema severo: la lectura FEV1 de los pacientes es menor de 35 %. Aquí, el 50 % de los pacientes son propensos a sobrevivir por cerca de 4 años.
>
> Etapa 4 o muy grave. En cuanto a los casos muy graves de enfisema se refiere, la esperanza de vida se estima muy corta. Los

pacientes diagnosticados con la etapa 4 experimentan pérdida de peso sin control y les resulta difícil caminar con normalidad.

La principal causa de muerte es la evolución de la propia enfermedad. Entre el 50-80 % de los pacientes con EPOC en nuestro entorno mueren por causa respiratoria, ya sea por agudización (30-50 %) de la propia EPOC, por neoplasia de pulmón (8,5-27 %) o por otras causas de origen respiratorio. En fases más iniciales de la enfermedad, las causas de muerte son en mayor proporción de origen no respiratorio, aunque la mayoría están relacionadas con el consumo de tabaco, sobre todo neoplasias y enfermedades vasculares (cardiopatía isquémica y accidente vásculo cerebral).

Una persona con enfisema tiene en última instancia un mayor riesgo de desarrollar cáncer de pulmón. Esto es debido a complicaciones que los fumadores pueden tener en los pulmones, desde daño del tejido pulmonar (enfisema) a los daños en las células del pulmón (cáncer).

Después de leer un par de horas, apago la computadora. Me pregunto cuánto de lo que he leído es cierto, cuánto de todo esto vamos a vivir. Sé que debería ducharme, debería cambiarme de ropa, debería comer algo caliente y dormir. Debería pensar en algo que no fuese esto, pero tú y este miedo atroz a perderte no deja espacio para nada más.

Me tumbo en la cama. Trato de imaginar un mundo sin ti y no lo consigo. Sin embargo, sé que existe, ahí, en alguna parte del futuro. Ojalá pudiera convencer a la muerte de que no te llevara nunca. Y nunca es hoy.

Para dejar la puerta abierta

No me enfrenté a la casa vacía. Salí caminando en puntillas, sin hacer ruido y dejándolo todo en su sitio, es decir, como mi padre lo había dejado. En mi mente se conserva igual y sigue llena de sus cosas. Solo falta su pijama y su manta, un reloj despertador y otro de pulsera, un bolígrafo que era de mi abuelo, un suéter de cuadros blancos y negros, su perfume, sus gafas, su perro y él.

Mis tíos se encargaron de ese trámite amargo. También de escribir su esquela. No sé qué decía, cuánto espacio ocupaba ni en qué periódicos se publicó. Yo ni siquiera la vi. No leí su obituario y tampoco sé a dónde fueron a parar sus cosas.

Sus tres hermanos desocuparon los armarios y los cajones, el archivador en el que se almacenaban seis décadas de documentos. Ellos descubrieron los secretos que mi padre guardaba en sus disposiciones cotidianas. Ellos se enfrentaron a los zapatos inútiles. Al cepillo de dientes, el champú, el acondicionador y la maquinilla de afeitar que ahora yo solo puedo imaginarme. A la silla de ruedas cerrada en una esquina. A la máquina de oxígeno apagada. A los medicamentos que sobraron.

Fueron recogiendo cada cosa hasta vaciar el apartamento entero, hasta que solo quedaron las sombras que dejan los objetos grandes en las paredes que han cubierto durante mucho tiempo, el suelo desgastado en el punto exacto en el que cada día se apoyaban los pies bajo la computadora o se hablaba por teléfono caminando en círculos o se cocinaba.

Ellos cerraron la llave de paso, bajaron los suiches de electricidad, revisaron que ninguna ventana quedara abierta, observaron la ausencia en silencio y cerraron la puerta.

Nunca les pregunté cómo lo hicieron.

A veces pienso en que me habría gustado conservar uno de los

pañuelos de mi padre. Los usaba para limpiar las gafas: sacaba uno, lo sacudía para estirarlo, frotaba los cristales haciendo movimientos circulares con los dedos, luego miraba las gafas a contraluz para confirmar que estaban relucientes, volvía a ponérselas y, para finalizar el ritual, doblaba la tela por la mitad cuatro veces hasta formar un cuadrado que guardaba de nuevo en su bolsillo. También usaba un pañuelo para aliviar el dolor de garganta: lo amarraba en su cuello, al estilo de los vaqueros de las películas, y lo dejaba ahí durante uno o dos días. Era y sigue siendo un remedio infalible.

Cuando era niña, mi padre usaba sus pañuelos para limpiarme las manos, la cara, la ropa, pero sobre todo la nariz. «Sopla», me decía cuando estaba enferma, cuando tenía alergia o cuando lloraba. Ya de mayor, cada vez que me quejaba demasiado de la vida, de la universidad, de las tareas diarias, de la política, del amor, de quemar el arroz o de la cola del banco, sacaba su pañuelo, me miraba con carita de pena y me decía «¿Quiere soplar la niña?», con retintín. También los usaba como bandera cuando discutíamos. Se acercaba a mi cuarto, asomaba su mano por la puerta y batía el pañuelo blanco en son de paz. Era muy difícil disgustarse con un padre así.

Mi hermana y yo permanecimos en Venezuela el tiempo necesario para que nos entregaran sus cenizas y para recibir el permiso del consulado que nos autorizaba a trasladar sus restos a España. Mientras todos se encargaban de los trámites, yo me limité a existir. A respirar sin el más mínimo interés. A oler cada cosa que aún conservaba el aroma de papá, aplicando la misma estrategia que él usaba cuando era pequeño y mi abuelo se iba de viaje. «Me dejaba una camisa para oler y abrazar cuando él no estuviera, así yo dormía más tranquilo», me contaba. Y lo mismo hice yo.

Cuando todo estuvo listo, la noche antes de volar, me levanté de la cama, guardé cuatro cosas en un bolso de mano y, después de haber aguantado tanto, después de tanto resistir, pude huir por fin.

Me marcho corriendo del último lugar en el que te recordaré con vida antes de que se rompa la magia.

Vivir como mi padre

Cuando tenía ocho años vi a mi papá entrar en un apartamento en llamas. Como todas las situaciones peligrosas que recuerdo, esta también transcurre a un ritmo peculiar: atropellado, interrumpido. Como si en un ciclo sin fin la memoria acelerara y se apagara de repente para luego volver a comenzar.

Tardamos en escuchar los gritos de auxilio porque era una de esas noches tranquilas y apacibles que parecen domingo. Primero llegó el olor. Recuerdo a papá calzarse con rapidez, y yo detrás:

—¡Voy contigo!

Bajamos corriendo las escaleras y atravesamos la calle. Mi hermana y mi madre nos observaban desde el balcón. Un humo negro y espeso brotaba del edificio de enfrente. Mi papá se quitó la camisa de algodón que tenía puesta y la amarró a su cuello, yo le pregunté qué podía hacer para ayudarlo. Entonces se agachó:

—Necesito que corras lo más rápido que puedas y busques a los vigilantes: avísales de que hay un incendio y diles que llamen a los bomberos, ¿ok? Confío en ti.

Me dio un beso en la frente, tapó su boca y su nariz con la camisa y lo vi perderse en la humareda.

Nunca he corrido más rápido que aquella noche.

Regresé a tiempo para verlo salir con una mujer en brazos y el aplauso de los vecinos que habían abandonado el edificio o se habían acercado a mirar. Gracias a su ayuda no murió nadie en esa casa. Cinco minutos más tarde llegaron los bomberos.

Así era él. Siempre hablaba de su paso por la Cruz Roja, de sus excursiones: las montañas que escaló y los ríos que atravesó colgado de una cuerda. También de su temporada en el ejército, en Inteligencia Militar. De los entrenamientos exhaustivos y de lo mucho que le gustaban. Conservaba una mochila enorme que lo

acompañó desde muy joven en todas sus aventuras y, cada vez que la veía, nos contaba una historia nueva. Cuando comenzó a enfermar, antes del cáncer, siempre repetía que eran esos años los que le salvaban la vida: «Yo no estoy peor por todo el ejercicio que hice antes. Imagínate si no hubiera fumado», decía.

Pero fumó. Muchísimo.

En los recuerdos de mi infancia siempre aparece acompañado de un cigarrillo. Cuando tocaba la guitarra y cantaba con sus hermanos, cuando veía largos programas sobre trenes, aviones o la Segunda Guerra Mundial. Cuando bailábamos o cuando salíamos a caminar. Las tardes que andábamos en bici. En todas las fiestas, navidades y cumpleaños.

Era lo primero que hacía cada mañana. Luego, al regresar del trabajo o después de alguna reunión, se sentaba en la cocina, cerveza en mano, y fumaba. Mientras hablaba, cuando me contaba su vida o respondía mis preguntas, también fumaba. Por la noche, antes de acostarse: el último cigarrillo del día. Papá siempre fumaba.

Trabajó en *marketing,* publicidad y relaciones públicas. Supongo que eso también influyó: almuerzos y cenas en restaurantes, así se cerraban los negocios antes y ahora. Casi siempre, cuando volvía a casa, había un ligero olor a alcohol detrás del aroma de su perfume. Era parte de lo que hacía, del ambiente en el que se movía, y además le encantaba.

Siempre hizo lo posible para que no lo atara un horario de oficina. Procuraba tener su estudio en casa y trabajar desde allí, envuelto en su música bajita, en sus silbidos y en su desorden de papeles. Siempre pensando, tecleando. La mejor parte era ver llegar cajas y cajas de chocolates, galletas y chucherías de todo tipo: productos de cortesía que enviaban sus clientes. La peor parte eran los viajes: podía pasar días fuera, aunque al volver traía regalos para todos.

Así transcurrieron muchos años. Los años buenos.

Después llegó el siglo XXI a Venezuela y con él una de las manifestaciones más importantes de la pugna política, económica y social que ya carcomía al país: una convocatoria a un paro

nacional. Mi padre decidió sumarse. Dejó de trabajar durante dos meses y, cuando terminó todo, las cosas cambiaron. Había perdido sus clientes y pronto llegó la quiebra. El repunte económico de la familia tardaría y, mientras él se las ingeniaba para salir adelante de nuevo, pasó de fumar una caja a tres diarias. Poco a poco, emprendió una nueva empresa, una nueva historia, pero el camino no fue fácil y se llevó por delante su relación con mi mamá.

Dos años después, se separaron.

Aunque nunca tuvieron una relación modelo y estaban lejos de ser el prototipo de la pareja feliz, cuando se acabó, esa pérdida representó un gran fracaso para mi padre. Tuvo que cargar también con ese peso. La vida durante años se le llenó de ladrillos.

Desde entonces, cuando no estaba en su escritorio trabajando, se sentaba en el balcón de casa y miraba a lo lejos siempre con un cigarrillo en la mano. Pasaba casi todo el día sin comer, aunque el gusto por el café no lo perdió nunca. Y silbaba. Silbaba bonito las canciones que ya nunca tocaba en su guitarra.

Después de que lo diagnosticaron con EPOC, nos costó habituarnos a que dejara de salir de casa o a que, las pocas veces que lo hacía, caminara despacio. Cada vez más lento. Sobre todo porque estábamos acostumbrados a seguirle el ritmo con dificultad. Cuando era niña, como a mi papá le gustaba tanto andar, a veces hacíamos la ruta del colegio a casa así, a pie, entre risas y deteniéndonos en cada quiosco para comprar alguna chuchería o «echar gasolina», como lo llamaba él.

Pero eso también lo perdió. Se fue quedando sin aire, así como se quedó sin todo lo demás.

Solo con el tiempo, después de perder un país, de vivir sola y tener mis propias deudas, mis propios duelos, un nido de nostalgia en el pecho y muchos palos encima, entendí que mi papá estaba deprimido y lo estuvo durante años. Era difícil advertirlo, imposible para una niña que había visto a su padre volver de entre las llamas.

Alvarito siempre sonreía, era amable, divertido, contaba chistes y se empeñaba en ver la vida bonita. Rezaba y cada día encontraba algo por lo que agradecer. Ayudaba, se involucraba,

daba consejos, contaba historias. Se preocupaba por hacer reír a las personas que quería, por entenderlas, por escucharlas. Insistía en que una infancia feliz propiciaba una adultez feliz, por eso, a pesar de la quiebra y de que fuera durante un tiempo un hombre que no podía pagar el alquiler, yo me encontraba cada día a mi papá en la salida del colegio con una mano sosteniendo mi helado favorito y la otra en el bolsillo. Me dormía con sus caricias en el pelo. Me secó las lágrimas durante semanas la primera vez que me rompieron el corazón. Años más tarde me enteré de que le espichó las ruedas del carro a aquel exnovio infiel. Supe que tenía espacio para esa violencia y también para esa tristeza, pero navegaba siempre en busca de lo bueno porque era su decisión.

Es posible que la inteligencia sea el mayor despropósito al que puede enfrentarse una persona, la piedra de Sísifo que siempre llevó mi padre sobre los hombros. Pero para Alvarito la tristeza nunca fue un impedimento para ser feliz porque él sabía cómo convertir cada día en una victoria, cómo hacer magia con las manos vacías.

Lo entendí mientras fumaba en la terraza de mi oficina y comencé a silbar.

Hora pico

No tengo experiencia en funerales. Para mi suerte, solo he ido a uno y sucedió cuando tenía nueve años. Lo recuerdo con dificultad. También con disgusto. Había mucha gente, muchos extraños. Recuerdo que me cargaron sobre la urna para ver la cara de un primo lejano con el que nunca había compartido mucho. Me avergonzó verlo, me sentía culpable por estar ahí, por abrazar a su mamá, a su papá, a sus hermanas, por verlos llorar y consolarlos. O por tratar de hacerlo. Me sentía incómoda, como si estuviera en un lugar prohibido y hubiera entrado sin permiso. Como si invadiese con mi presencia la intimidad de alguien que ya no puede decir: «Váyanse, no quiero que me vean así».

Desde entonces, la muerte me remite a la intimidad. Cualquier otra concepción continúa haciéndome sentir como aquella niña: avergonzada e impertinente. Y puede que sea esa la razón de que, cuando mis ojos encuentran ese arreglo fúnebre en mitad del vagón del metro, en hora pico, siento que me desplomo de tristeza, que todo se enlentece, aunque para todos en ese vagón la vida sigue como si nada. Risas, amarguras, calor, tacones, música, retraso entre estaciones: Chacaito, Sabana Grande, Plaza Venezuela. La vida parece continuar igual incluso para la señora y para el niño que llevan el arreglo floral sobre las piernas. Es pequeño, sencillo. Resaltan unas flores amarillas y otras blancas que adornan el borde. Al final de un listón azul marino se puede leer: «... de su mujer y su familia». Las letras son plateadas y están cubiertas de escarcha. La tristeza es así: honesta, simple. Yo solo me atrevo a mirar las manos que sostienen aquellas flores. Manos morenas; dos de ellas grandes, de uñas blancas nacaradas, y una pequeña, tímida, que apenas asoma cuatro dedos del lado izquierdo del arreglo.

Mis ojos se quedan ahí por un momento, fijos en las manos, con temor a ser descubiertos hurgando en el dolor ajeno. Cuando por fin alzo la vista, me topo con una mujer joven, de gestos amables y mirada lejana, que llora como yo, con la resignación de quien entiende que la tragedia es inevitable. Esa mujer y sus ojos y su llanto y su respiración pausada son el retrato de la desesperanza bien aprendida. Se seca ocasionalmente las lágrimas, con lentitud, con torpeza y siempre en silencio, como quien ya se ha ido. A su lado, el niño sostiene con una mano el arreglo y con la otra un muñeco de acción. Como el arreglo, él también es pequeño, cuatro o cinco años. Juega distraído, aunque cada tanto observa a su mamá. Balancea su muñeco de un lado a otro, dibujando un número ocho en el aire. A diferencia de ella, que viste completamente de negro, él tiene un *jean*, una camisa azul de superhéroe y unos zapatos deportivos blancos.

Al lado de ellos, sentado, un señor con mala cara sujeta el periódico. ¿Qué puede estar leyendo que sea tan importante? El niño juega a su lado, se entretiene con sonidos voladores. Mueve la mano.

Arriba, abajo, círculos, arriba, abajo.

El señor del periódico mira al niño, respira fuerte, tuerce la cara, sigue leyendo. Y el niño: arriba, abajo, círculos, arriba, abajo, arriba, círculos. El señor resopla, se aclara la garganta, respira otra vez, mira de reojo al niño, sigue con la vista el muñeco.

Arriba, abajo, arriba, abajo, círculos.

El hombre cierra el periódico, convencido de que no puede aguantar un segundo más; se levanta del asiento, se retira y suelta una bala al aire:

—Qué falta de padres.

El niño se cansa de mecer su muñeco y lo apoya en sus piernas. Entonces me doy cuenta de que hace varias estaciones pasé la mía. El vagón se detiene, pienso en bajarme, pero no me muevo. El niño me hala la camisa y me señala con timidez el asiento a su lado. Le sonrío, le agradezco con amabilidad y me siento. Ya no existen ni el calor ni el retraso de la hora pico, ni la estación Plaza Venezuela, ni el camino a mi universidad, ni la clase

de Periodismo con la profesora que no soporto, ni las tareas, ni los amigos... Solo la sonrisa del niño que me mira con timidez. Su sonrisa grande, sencilla y bonita, a la que le falta un diente.

El niño vuelve a jugar con su muñeco y me mira de reojo. Yo comienzo a buscar en mi cartera algo que me sepa a infancia. A felicidad.

Lo encuentro. Interrumpo el vuelo de su figura de acción.

—¿Será que hay algún superhéroe en este vagón que quiera una chupeta?

El niño se sobresalta, mira mi mano, luego a su mamá, le hala la camisa, la despierta. Ella encuentra la sonrisa de su hijo, mira la chupeta, me mira, sonríe y le dice que sí. Él me quita la chupeta de la mano, mostrándome de nuevo su sonrisa desdentada.

—¿Cómo se dice? —le pregunta la mujer.

—Gracias —responde el niño. Me mira. Gracias. A veces solo hace falta eso.

—¡Chócala! —le digo.

Él me corresponde con su manito que se une a la mía, infantil y contento. Me despido. Me pongo de pie y me acerco a la puerta. Antes de salir del vagón escucho la voz de la mujer:

—Dile chao a la muchacha.

El niño se despide con la mano.

Recuerdo entonces que la vida es más grande que cualquier cosa, incluso que la muerte, aunque sea menos escandalosa.

2
LA IRRUPCIÓN

Carcinogénesis

Lucila se fue olvidando de palabras pequeñas: llaves, teléfono, cepillo. Parecían tan insignificantes que, en un principio, pasaron desapercibidas. Flores, almohada, silla. Las sustituía con ingenio: la cosa, eso, el aparato. Hasta que una tarde su nieto se dio cuenta de que a Yaya se le estaba olvidando hablar.

Se le habían olvidado otras cosas también. Como que Alex no manejaba. Por eso, cuando le ofreció el carro, la cosa esa, el aparato que está afuera en el portón, su nieto entendió que algo fallaba, algo no iba bien.

—No, Yaya, pero si yo no sé manejar —le respondió con un dejo de preocupación que su abuela ignoraba y que en adelante ignoraría siempre.

Ese día pasó la tarde con ella, decidió no ir a la universidad. Ayudó a Lucila con los oficios del hogar, almorzaron, vieron la telenovela. La embriaguez premonitoria del peligro, del cambio. Cuando llegó la hora de irse y Alex fue a despedirse de su abuela, ella le pidió un último favor:

—Pásame la cosa esa en la que escribo. La cosa con la que yo trabajo.

Ese fue solo el comienzo. La memoria tiene una particularidad: lo amenaza todo porque lo es todo. Primero las palabras, luego los nombres, después los rostros. El olvido es un huracán. El olvido es la devastación del ser, pero sobre todo del «soy».

Es desolador darse cuenta del poder que pueden tener las cosas pequeñas. No solo las palabras. Me refiero a una célula, por ejemplo. La célula que se rebela contra sí misma, contra ese templo del que forma parte. Como Bruto contra César: una puñalada por la espalda histórica porque comienza en el cuerpo ajeno pero termina

en el propio. Ese gen de la traición, ese gen de la tragedia. Carcinogénesis.

Una célula se transforma, muta. La célula se reprograma, se niega a morir. Toma el control sobre el sistema, lo modifica, lo altera. El organismo no puede destruirla. La célula por un segundo saborea la inmortalidad. Y entonces pierde el control: se reproduce masivamente, se mezcla, se junta formando masas, bultos, murallas. Expande su dominio, invadiendo, infiltrándose, colonizando espacios recónditos. Y esa célula pequeña termina por descomponer todo el sistema y, sin saberlo, acaba también por destruir el mismo cuerpo que la mantiene viva.

Contado así, el cáncer parece una historia epopéyica, una fábula.

Pero el cáncer no es más que una enfermedad aterradora porque muchas veces, casi siempre, llega a ser mortal.

Pienso en Lucila y en las palabras que desaparecen. Esas palabras escurridizas, tristes, que comienzan el viaje de ida antes que ella, ya rendidas, dispuestas a marcharse y no volver, porque anticipan su derrota. Palabras que, por orgullo, abandonan la mente, el cuerpo, el ser, antes de que este las deje a ellas para siempre en el vacío y el silencio que llega con la muerte.

Así lo hicieron también con mi papá.

Pocos días antes de su muerte notamos el deterioro. Las palabras se le escondían, se le mezclaban los nombres, las fechas, los lugares. Cuando por infortunio o por destino, que a veces parecen lo mismo, murió el padre de un amigo, mi papá lo lloró como si llorara su propia muerte. Sobre todo, lo sabíamos, él lloraba mi dolor. Ese día me dijo que cuando llegara su momento tuviera temple y valor. Quizás presentía que en cinco días él también se habría ido.

Fue así como comenzó a morir Lucila, primero fue la palabra. Y fue así como terminó de morir mi padre.

Pero antes fue la célula.

Fatalidad

Su primer acercamiento con el cáncer sucedió en un salón de clases cuando tenía seis años.

—¿Por qué él no se levanta al recreo?

—Porque está enfermo.

—¿Y qué tiene?

—Tiene algo que se llama leucemia.

—¿Y qué es eso?

—Es un tipo de cáncer.

—¿Y qué es cáncer? —insistió el niño que se convertiría en mi papá.

¿Qué más podía hacer su maestra?

—Ah, ¿no sabes? Investígalo y mañana tú me dices qué es.

La mirada de un niño es curiosa y atenta, como si de forma constante estuviera tratando de descifrar el mundo, por eso aquel compañero que iba poco al colegio llamó profundamente su atención.

Aunque su falta de cabello también le parecía curiosa, lo que más inquietaba a mi papá era la tranquilidad de aquel niño que se limitaba a mirar el patio donde sus compañeros corrían. Lo observaba a través del cristal de su lógica infantil. ¿Estará muy cansado para jugar? Aquella tarde, el niño estaba sentado al lado de la ventana y su mirada se perdía en el patio de recreo. El sol, que cubría su piel blanca, revelaba un tono pálido, gélido. Su inmovilidad era absoluta y sus ojos se cerraban como si mantenerlos abiertos requiriera de un gran esfuerzo. Mi papá no podía dejar de mirarlo.

Esa noche se instaló en la biblioteca de la casa y buscó la *Enciclopedia de Oro*, el tesoro para niños que mi abuelo le obsequió y que, años más tarde, él me daría a mí. De la definición, que

llenaba dos páginas completas, solo recuerda una frase: «El cáncer es una enfermedad mortal».

Al día siguiente emprendió el camino de todos los días, ese que se leía en la portada de su cuaderno: «Colegio Fray Luis de Granada. Calle 22, C. Frente al parque». Encontró a su maestra en la puerta del salón.

—Profesora, ya sé lo que es el cáncer.

La profesora asintió en silencio, y fue entonces cuando él notó la ausencia de su compañero.

—¿Dónde está? —le preguntó con candidez.

—Murió ayer en la noche.

Los niños no tienen una dimensión clara de la muerte; sin embargo, algunos crecen con una memoria excepcional.

Cincuenta y cinco años después de aquel encuentro, mi papá está sentado tomando sus pastillas. Ahora recuerda que al conocer el destino de su compañero solo alcanzó a exhalar un «uy». Después piensa en la resonancia magnética que le espera esta tarde. Vuelve a la infancia, a la *Enciclopedia de Oro*, y aparece de nuevo una frase en su memoria: aquella de la definición a doble página que nunca más podría olvidar.

Café con leche

Nos disponíamos a cenar en la sala del comedor después de un día agitado, como todos. Conversábamos sobre las cosas de siempre: las anécdotas de la jornada, el trabajo, las noticias, la política, la ciudad, mi hermana, los chistes. Siempre los chistes. Convivíamos con la experiencia de quienes bailan con soltura al ritmo de la cotidianidad. Disfrutábamos eso, la calidez y la intimidad de una rutina, eso que la gente comúnmente llama vivir.

Pero esa noche sucedió algo diferente: él tenía antojo de café con leche.

Aunque rara vez acompañábamos las cenas con un café con leche, yo me apuré a cortar algunos trozos de pan y a buscar la mantequilla. Puse la mesa, preparamos las dos tazas y nos sentamos a comer. Café con leche, pan y mantequilla: así sabía mi infancia.

Y ahí están las risas de siempre, las bromas, el «Pásame la mantequilla» y el «Pusiste un solo par de cubiertos, coño». Ahí está la vida, lo nuestro. Como todas las noches, le pido una servilleta de esas que tiene cerca. Él dirige su mano hacia ella y entonces pasa: tropieza, la taza se voltea y el café se derrama.

Me sobresalto.

Esa pequeña taza de café descubre ante nosotros su fragilidad. Las lágrimas de mi papá también se derraman. Me levanto y lo beso en la cabeza, alejo su silla de la mesa y le aseguro que no pasa nada. El café, aún caliente, cae gota a gota por el borde y en el piso se forma un charco que va creciendo alrededor de los trozos de porcelana rota.

Voy a la cocina, busco un trapito y jabón. Comienzo a limpiar mientras le aseguro a papá que no pasa nada, que la taza de café se nos derrama a todos tarde o temprano, y que lo bueno y lo bonito

es estar acompañado cuando eso pasa.

—Que no, papá. No está mal derramar la taza. No pasa nada, el café se derrama, pero la vida sigue.

Cuando la mesa está limpia y Alvarito sonríe de nuevo, lo ayudo a levantarse de la silla, con cuidado, como tratando de pasarle por un lado al dolor. Emprendemos juntos el camino hacia la cama. Él se apoya en mi cuello, yo lo sostengo con fuerza. Y ahí estamos, aprendiendo a caminar otra vez.

Llegamos al cuarto, mi papá se apoya en la pared mientras yo arreglo todo: la almohada, las sábanas, las migas de pan que aún se sacude... Él me observa desde la esquina, lo veo con su sonrisa cansada, su sombrerito de lado, una camisa blanca y un *short*; tiene una costra en el codo y otra en la rodilla, pienso en lo bien que ha cicatrizado, y entonces me doy cuenta: le estoy sonriendo a un niño.

Suena el reloj, son las 8:00 p.m. Acompaño a papá de la pared a la cama. Aún arrastra un poco el pie izquierdo, pero su brazo ya responde con fuerza y sincronía suficientes. Se sienta con cuidado. Tomo el pote de jarabe que espera, como todas las noches desde hace diez días, en la mesa. Sirvo una cucharadita y se la doy. Luego otra. Ahora la pastilla y a descansar. Le quito el sombrerito y después papá se tiende en la cama, poco a poco, con mi ayuda. Arreglo su almohada y extiendo la sábana que le compré, una que no es ni muy caliente ni muy fría. Lo arropo. Le sonrío. Otro beso en la frente. Lavo los platos y vuelvo.

—Que no, papi, que no. No me tardo nada.

Voy rápido a la cocina. Abro la llave. Me encuentro de nuevo con la taza de café.

¿Cuántas tazas derramé yo? ¿Cuántas veces me arropó papá? ¿Cuántos fueron sus besos en la frente? ¿Cuántas veces me vio caminar con esas costras infantiles?

Hace veintiún años me llevaba de la mano y hoy su mano la sostengo yo. Los caminos se cruzan.

Aunque me lo hubieran dicho miles de veces, nunca habría creído que crecer y morir se parecieran tanto.

La grieta

Lucila se hizo sus exámenes de rutina, como acostumbraba, y todo salió perfecto. Internista, cardiólogo, neumólogo, neurólogo, hasta podólogo y odontólogo: todo en orden. Ella era así, cada año o cada seis meses se llenaba la vida de *ólogos*. El resultado era el mismo, después de tomografías, resonancias y exámenes con nombres largos, Lucila siempre estaba «más saludable que ninguna».

¿Cómo podría imaginarse alguien, entonces, que tan solo un mes después en la cabeza de esa mujer saludable aparecería una lesión que la conduciría a la muerte? ¿Cuándo comenzó a crecer ese tumor que se abrió camino entre las palabras, las ideas, las emociones y los recuerdos de Lucila? Pero lo más importante: ¿por qué?

—No hay respuestas. No hay razones —me dijo Enrique, su hijo—. ¿Por qué muere un niño? He buscado respuestas durante varios años, pero no hay. Lo dijo la madre Teresa: el gran misterio es la muerte... Y al final, la resignación también es parte de la vida.

Pero los médicos sí encuentran razones. A veces, ante el desconcierto de una familia mutilada, o próxima a estarlo, un doctor se parece más al abogado de la muerte. Estrés, depresión, ira, alimentación, problemas con tu madre, palabras nunca dichas... Parece que hoy cualquier cosa puede darnos cáncer y tenemos que vivir con eso porque así va el mundo al que hemos venido a parar.

Al final, cuando el cáncer aparece en el cuerpo de una persona que amamos, nada parece ser suficiente para explicar cómo o por qué una célula es capaz de acabar con una vida. La ciencia, la naturaleza, todas las reglas que conocemos parecen absurdas cuando alguien trata de explicarnos que la muerte es eso,

solo un parpadeo.

—Lucila tiene un tumor cerebral —le dijo el doctor a Lina.

—¿Maligno? —preguntó ella en su desconcierto.

—No podemos saber todavía con qué estamos tratando, pero no se ve bien. Es una lesión importante... Hay que operarla rápido.

—Pero es que no entiendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Cómo va a tener un tumor si...?

—Lucila tiene cáncer, Lina. Tienes que entender que estas cosas pasan, que...

—¡No! ¡Estas cosas no pasan! ¡Ella se hizo todos sus exámenes hace un mes! ¡¿Qué es esto?!

Una noche hablé con J. sobre la muerte, sobre la nada, sobre este inevitable desvanecernos. Yo acababa de descubrir este océano de tristeza que es la intrascendencia, tras el diagnóstico fatal de papá. Pero él no, y entonces me contó su primer episodio de ansiedad.

Sucedió cuando él tenía siete años. Durante una clase de ciencias de la naturaleza, su profesora dijo que el cuerpo humano estaba compuesto de células. Él, que desde siempre fue el más inteligente, lo entendió: si el cuerpo está hecho de células y todas las células mueren, los humanos estábamos destinados a desaparecer. Lo siguiente fue una precoz crisis existencial. En sexto grado, J., el nieto de Lucila, comenzó a leer la obra de Nietzsche.

—La vida es un absurdo. Un chiste corto —me dijo esa noche en la que me enamoré de nuevo de su lengua despierta, de sus ideas ágiles, de su manera de fumar y de su cabello de rizos desordenados.

Lucila soñaba con ver a J. convertirse en doctor, como él decía que iba a ser. Sin embargo, la historia fue otra y ni siquiera alcanzó a verlo graduado de bachiller. Cuando apareció el tumor todo se fue a la mierda. Y todos los exámenes aprobados no sirvieron de nada porque siempre, y sin excepción, suspendemos el examen final. Me lo dijo Alvarito cuando le pregunté por las últimas pruebas que se hizo:

—Bueno, salí raspado.

Cuando veo a ancianos por la calle pienso en Lucila y también

pienso en mi papá.

Pienso en esos dos viejos que no voy a conocer.

Volvemos al principio. Y me pregunto por qué. Cuestiono a este dios tirano que, si existe, nos abandona. Y cuestiono este mundo en el que a veces parece que lo único real es el dolor. Después de todo, lo único que sabemos con certeza sobre este mundo salvaje, como su dios, es que hemos venido a morir en él.

A morir y a ver morir.

Enrique, Vilma y Lina no estaban preparados para perder a su madre. Por eso movieron cielo y tierra para operarla lo más rápido posible, y así lo hicieron. El 08/08/08 Lucila entraba a quirófano, mientras su familia, al otro lado de la puerta, en la sala de espera, rezaba a Dios para regresar el tiempo a los días en los que ella, Lucila, era la mujer más sana y hermosa del mundo. Aquellos días en los que su cabellera era larga y brillante.

—Hay que sacarte esa pepa de la cabeza, mami, y después te tienes que tomar unas pastillas para que no te vuelva a salir —le dijo Lina la noche antes de la operación—. Además, el cabello vuelve a crecer. Y a ti te crece rapidísimo.

Silencio, silencio, silencio.

—¡Vamos pues!

—Ay, Linita...

—Ya, tranquila, vas a ver que todo va a estar bien.

Lo siguiente fueron sus mechones de cabello cayendo uno a uno, poco a poco, bailando por el aire. Hasta morir en el suelo.

Encontronazo vespertino

Hay días en los que no es el peso de la gravedad lo que te pega al suelo sino el peso de la miseria. Sentirse miserable. Eran las 5:15 p.m. y en ese momento pensé que nada se podía poner peor.

A mi papá le habían diagnosticado cáncer; el golpe, sin embargo, no llegó por el pulmón: el tumor que lo mataba estaba alojado en su cabeza, metástasis cerebral. Una cirugía de alto riesgo amenazaba, inminente, con cambiarnos la vida a todos; un tratamiento largo y sin garantías prometía poner a prueba la fortaleza de nuestro espíritu; esa noche le tenía que rapar la cabeza.

Llegué a la casa y, como de costumbre, escuché a Pipo resbalar por el pasillo. Sus cuatro patas salieron corriendo felices e ingenuas. Mi perro me veía, inocente, y me movía la cola. Saltaba de un lado al otro. Luego miraba su correa, que colgaba del perchero. Llevaba tres días confinado en casa mientras todos los demás estábamos en la clínica. Decidí que un paseo nos vendría bien a ambos.

La tarde estaba nublada, húmeda y gris. La lluvia parecía amenazar nuestro paseo, pero pensé que Dios no podía ser tan injusto y me dediqué a caminar en compañía de Pipo. Solo me detuve para comprar una caja de cigarros. Continuamos andando durante quince minutos hasta que llegamos a un parque. Eran las 5:35 p.m. cuando le solté la correa y él comenzó a jugar entre hojas secas.

Revisé mi celular y encendí un cigarrillo. No tenía mensajes ni llamadas perdidas. Nadie trataba de comunicarse conmigo para anunciarme ninguna desgracia. Mi padre seguía vivo. La vida continuaba siendo, a pesar de todo, la que conocía. El parque estaba solo. Dos abuelos conversaban en un banco, un hombre

trotaba y a lo lejos, en otro banco, una pareja celebraba su amor con apasionado descaro. Seguí caminando a paso lento, tratando de no perder de vista a mi perro.

La ciudad rugía al fondo con la fuerza de la hora pico y las primeras gotas se encontraron con el cristal de mis gafas.

La escena se interrumpió violentamente por mi corazón sobresaltado.

—Disculpa, ¿tienes un cigarro que me regales?

Al voltear, veo a un hombre que camina hacia mí. Lleva encima todos mis prejuicios sobre esta ciudad en la que si no eres sifrino, un niño bien, delicado, superficial, inofensivo y con buenos modales, entonces eres malandro, una amenaza tosca y desagradable, capaz de expoliar por necesidad o incluso por placer. Aprieto mi cartera por instinto. Saco la caja del pantalón y se la extiendo. Le doy el encendedor. Él me agradece y yo retomo el paso. El parque parece estar más solo y la tarde más oscura.

—¿Tú vives por aquí?

—Más o menos cerca. —Respiro profundo.

—¿Y cómo te llamas?

«Bien bello, me levanté a un mototaxista», pienso con sarcasmo para ignorar el temor. Evito su mirada. Le digo mi nombre sin parar de caminar, pero tratando de conservar una marcha pausada: «Esto no me puede pasar ahora, coño».

Siento una mano en mi hombro.

—Gabriela, dame el celular.

El miedo es capaz de despertar el cuerpo de cualquier persona. Un temblor involuntario me asalta. Me detengo. Me doy la vuelta. Un «no» contundente se me escapa de los labios.

—¡No te lo voy a dar! —le digo aún temblando.

—Dámelo o te voy a entrar a puñaladas aquí mismo —me responde con una mano escondida en su pantalón.

—No, no puedo dártelo —lo enfrento sin entender por qué.

Entre negaciones, comienzo a buscar el teléfono en la cartera. Lo tomo e insisto:

—No puedo dártelo, lo necesito.

Me lo arrebata con violencia. Se me salen las lágrimas.

—Que no te lo puedo dar, coño. Devuélveme mi celular —le digo obstinada.

Él se aleja unos pasos, pero luego se detiene.

—¿Por qué, pues? —me dice.

—¿Me vas a dejar explicarte? —le pregunto incrédula.

—Explícame a ver.

—Mi papá tiene cáncer, tiene un tumor en la cabeza, lo van a operar mañana y no me puedo quedar sin celular. No puedo, no puedo, no puedo...

El llanto se desborda. Mi cuerpo insiste con sus movimientos involuntarios.

—¿Eso es verdad? —me pregunta con seriedad.

Yo apenas puedo responder.

—Bueno, toma, chamita. Pero no llores. No te voy a hacer nada. Discúlpame.

Ahora es él quien me extiende algo: mi celular. Lo tomo y lo guardo.

Ni el llanto ni el temblor se detienen.

Saco un cigarrillo.

—Coño, ¿por qué tienes que hacer esta vaina? Trabaja, pana, trabaja. ¿Yo qué coño te hice? —le reclamo con desesperación, con angustia, con rabia, con cansancio.

Él me pide otro cigarro.

—Tú no eres la única que tiene problemas. A mí me botaron. No he comido hoy. No tengo plata y tengo una hija pequeña.

—¿Por qué te despidieron? ¿Qué hiciste?

—Falté al trabajo. Pero no porque quise. Tenía a mi hija enferma y la mamá es una loca. La tuve que cuidar yo.

Un silencio largo nos encuentra.

—Yo ni siquiera hago esto. A mí no me gusta hacerle el mal a nadie. Yo lo que necesito es plata, por mi hija. No sabía qué más hacer.

De repente, parece que estamos juntos en esto de ser gente. O al menos de tratar de serlo.

—Toma —le digo, con unos billetes en la mano—, me podías haber dicho eso desde el principio y yo te iba a ayudar con lo que

pudiera.

—Mentira, chamita. ¿A ti qué te importa mi vida? Tú ni siquiera me ibas a escuchar —responde mientras toma el dinero.

La escena es irreal, absurda. Humana.

Comienzo a buscar a mi perro. Lo llamo, pero no viene, indispuesto a regresar al mando de la cadena.

—¿Quieres que lo agarre? —me pregunta.

Yo hago un movimiento leve con los hombros para demostrar que me importa poco.

Él toma la correa y luego a Pipo que, inocente, mueve la cola y vuelve a mi lado.

—Bueno..., gracias. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Gabriela.

—Ah, como el ángel Gabriel.

Alaridos

Me lo dijiste antes de entrar a una cirugía de la que no sabías si saldrías. Estabas tendido en la camilla rodando hacia un ascensor y lo soltaste como si fuera cien veces más natural que decirme un te quiero: «Mañana, pase lo que pase, el trabajo sale igual que todos los días».

En la víspera habíamos repasado paso por paso todo lo que un par de meses atrás, cuando debutó tu enfermedad, me habías enseñado con urgencia.

Esa vez, apenas saliste de cuidados intensivos y tuviste suficiente fuerza para hablar, me pediste que entrara a tu habitación con un grabador. Yo pensé que ibas a contarme cosas importantes, pero tú te limitaste a hablarme de trabajo, dando por sentado que a partir de esa misma noche se convertiría en mi responsabilidad. Me explicaste, uno por uno, cómo hacer los productos de la empresa, cuándo y a quién enviárselos. Me hablaste de la bolsa y de los índices bursátiles, del Dow Jones, del Nasdaq, del Russell. Hiciste un repaso por las monedas más importantes del mundo, por el significado y las posibles consecuencias de sus variaciones. Me hablaste por lo menos durante una hora sobre el estado del panorama político social internacional actual y sobre cómo cada cosa influía en el mercado y en el petróleo porque dentro de unas horas yo sería la encargada de escribir al respecto para las juntas directivas de unas cuantas empresas. Comencé a llorar cuando me estabas explicando las fluctuaciones como consecuencia del conflicto yemení, la insurgencia de Al-Qaeda y las ciudades petroleras más importantes en disputa con los yihadistas. «Seguimos mañana», dijiste. «Vete a descansar.»

Aquellos primeros días de incertidumbre no me dejabas

quedarme contigo en la clínica porque tenía que «estar fresca por la mañana». Yo pasaba la noche llorando, aterrada, pensando en la posibilidad de perderte así, con una voz entrecortada al teléfono que me decía «tu papá acaba de morir». Pero entonces, a las cuatro de la madrugada, encendía el ordenador y me las arreglaba para que el trabajo se entregara siempre, religiosamente.

Era lo primero que me preguntabas cada mañana. ¿Salió? Sí. ¿Quejas? No. Ok. Y entonces sí comenzaba el día.

Después de llevarme de la mano toda mi vida, me informas desde una camilla sobre la premisa más cruel de la adultez: que la vida siempre continúa al día siguiente. Te despediste, dejándome ahí tal vez para siempre y yo solo podía pensar en que, si ese era el final, no te lo iba a perdonar nunca. «Te quiero», grité unos segundos más tarde, antes de que las puertas del ascensor me arrancaran tu imagen de los ojos.

Cuando por fin volviste a casa, después de la operación, empezaste a llamarme cada vez que sonaba el despertador. «Gabbi, levántate.» Pero lo que ignoras es que, cuando lo haces, yo ya tengo un rato despierta. Cuando abro los ojos, tus palabras son lo primero que viene a mi cabeza, tu reclamo, esa responsabilidad asfixiante que me otorgaste. Luego me embiste el miedo de fallarte. Un segundo después, el de perderte y, de golpe, la tristeza para la que ni siquiera encuentro tiempo. Despierto con la mandíbula inflamada porque el estrés me hace apretar tanto los dientes por la noche que incluso me sangran las encías.

Mientras el ordenador se enciende, preparo café. Pipo se levanta también a hacerme compañía. Me pesan los ojos y me cuesta respirar, pero comienzo a bucear por la prensa nacional, regional e internacional buscando las noticias más relevantes, haciendo resúmenes, completando los datos del mercado bursátil, observando y explicando su evolución, haciendo proyecciones.

Tu voz me interrumpe cada cierto tiempo con la impertinencia de un minutero.

¿Cómo vas? ¿Cuánto te falta? ¿Está listo? ¿Revisaste todo? Ya casi es la hora. ¿Lo enviaste? Vas tarde.

Te respondo con monosílabos y siento cómo mi cara se

calienta más y más mientras intento terminar, como cada día, a tiempo. Pero lo que no te he dicho es que el internet no funciona y por más que trato de arreglarlo no lo consigo. Se conecta y se desconecta en una intermitencia burlona, típica de este país. Tampoco te he dicho que desde hace días estoy buscando algodón y alcohol para hacerte las curas de la herida que atraviesa tu cabeza, porque gasas ni pensarlo. Son dos cosas simples, básicas, convertidas en recompensas dignas de esfuerzos epopéyicos. Y no, tampoco eso lo consigo. Estoy cansada de esta cuesta arriba arbitraria y ridícula y no pienso en otra cosa que en dejarme caer. La impotencia ocupa tanto espacio en mi pecho que comienza a asfixiarme.

El tiempo avanza, inminente, mientras observo cómo las agujas del reloj se aproximan, se mueven en dirección al castillo de naipes en el que nuestra vida se ha convertido, a punto de derrumbarlo. Son las seis en punto cuando tu voz termina de desgarrar mi silencio. ¡Es la hora! ¿Por qué no lo envías? Y yo me convierto en una onda expansiva de reproches, rabia, llanto y gritos.

Nos gritamos.

Las palabras se convierten en un estruendo. Mi boca expulsa cristales rotos. Tu boca se mueve, pero no soy capaz de escucharte. Al fondo, Pipo ladra, nervioso. Como cualquier otra catástrofe, tal vez dure segundos, pero son interminables. La casa que antes estaba llena de risas se inunda de rugidos. No sé lo que digo pero lo digo todo. Menos lo fundamental: que vas a abandonarme y tengo miedo.

Cuando todo termina, estoy exhausta. El silencio se apodera de cada espacio y, entonces, lo escuchamos. Viene del ordenador. Las notas de Claude Debussy son el aviso de que el internet ha vuelto.

A las 6:04 a.m., el trabajo se envía.

Durante el resto del día no nos hablamos más. Nos escondemos, cada uno en su cuarto, incapaces de mirar el desastre que hicimos, y las horas se consumen así. Al final de la tarde, solo un sonido altera el ambiente. Es el timbre de casa. Cuando abro la

puerta, me encuentro a los vecinos, que me entregan una bolsa con algodón y alcohol. No dicen nada y yo tampoco soy capaz de hablar. Me abrazan y luego se van.

Principio de Nirvana

Lorena sale de la casa batiendo la cadera mientras su mamá la observa y llora de rodillas. Se llevó a un muchachito en cada mano, los montó en el taxi donde ya esperaban las maletas y se fue al aeropuerto. Lucila no escatimó en llantos y la gente dice que a su hija, así se muera en Europa, al otro lado del mundo, el lamento de su mamá la va a alcanzar.

El resto de la familia trata de consolar a Lucila, pero el abandono es un trago muy grueso, muy lento, muy largo. Y coinciden todos en que ella nunca más volvió a ser la misma, la vida se le fue por una puerta de embarque.

Lorena dice que no quería ver sufrir a sus dos niñitos, con su abuela así, tan enfermita, tan acabada. Además, no es secreto para nadie que en Europa se vive mejor, que dejen la envidia y la injuria.

Un atardecer rojizo entra por la ventana del cuarto iluminando todos los vacíos.

—Qué triste es envejecer para descubrir que se está rodeado de ingratos —dice Lucila, que se acostó en su cama y no se ha movido en horas.

Una de sus hijas la observa, la ayuda a levantarse.

—Tú no estás vieja. Y además eres hermosa. Cuando dejes de tomar esas pastillas ya vas a ver cómo te pones bella otra vez.

Lucila se observa en el espejo que cuelga en una pared a su izquierda: está gorda y calva, está pálida; es otra, es una extraña.

La trampa de la enfermedad es que la medicina todavía no sabe cómo avivar un espíritu. Algunos pacientes dejan en evidencia que el núcleo de la enfermedad se encuentra en el alma; eso es lo que se quiebra, lo que se desgasta. Por eso, los que estuvieron con Lucila dicen que la vieron apagarse.

En otra época Lucila fue una mujer radiante. Hermosa. Disfrutó de sus cuatro nietos y de sus cuatro hijos. Le gustaban los zapatos de tacón y las carteras. Pero eso fue antes del cáncer, del tumor que se instaló en su cabeza. Ahora sus tobillos están hinchados y los zapatos que más le gustan no le quedan. Las carteras ya no le lucen, la ropa tampoco. Y lo peor: Lucila ha comenzado a olvidar. Las palabras se le escabullen en la memoria y a veces los nombres también. Las cosas poco a poco han empezado a perder su significado en las mareas profundas del lenguaje.

Cuando los doctores le descubrieron el tumor, a Lucila la desahuciaron. Le dieron dos meses más de vida y una quimioterapia que, como les explicaron bien a sus hijos, solo era un paliativo. Lo inevitable es inevitable. Ellos, sus cuatro muchachos, se negaron: a su mamá no se la iba a arrebatar ningún cáncer, por muy grave que fuera; por lo menos no sin dar la batalla.

Dicen que donde hay esperanza hay vida, por eso a Lucila la palabra *cáncer* nunca se la mencionaron.

Habían pasado unos tres meses desde aquel día. Lucila ya tenía suficiente con haber perdido todo su cabello a raíz de la operación y con portar un cuerpo gigante, irreconocible, que definitivamente no pertenecía a ella sino a esa masa extraña que se había alojado en su cabeza. Pero entonces Lorena se largó, en un acto de «apabullante solidaridad», como me aseguró Lina, y todo se jodió.

A Lucila la acompañan el resto de sus hijos, la acuestan a dormir, se quedan con ella cuando no concilia el sueño. Ahí, frente a sus ojos, tiene a sus otros tres muchachos, pero, por razones propias de la condición humana, que siempre nos obliga a detallar lo que nos falta, ella solo ve el vacío. Ella solo puede ver que Lorena no está.

Ni Lorena ni los dos carajitos.

Abrázame como si estuviera lloviendo

Las noches se hacen más largas cuando uno tiene miedo de morirse. Algunos días paso horas enteras contabilizando los cambios de mi cuerpo. Todo es tan distinto que ya mi infancia y mi juventud parecen otra vida. Veo fotos antiguas, me noto sonriente, inocente, pleno, feliz y me pregunto: ¿cómo hubiera imaginado este final el niño que fui?

Los médicos siguen sin descubrir, por lo menos con certeza, lo que tengo. Parece que, a pesar de los esfuerzos, el cáncer continúa siendo demasiado versátil. La peor parte es la incertidumbre, que a ratos deja espacio para la esperanza y a ratos no. De cualquier manera, el tiempo pasa y, en la aparente calma que ofrecen los días, sé que me estoy muriendo.

En este punto es ineludible viajar al pasado. Al final, la vida está llena de espejos retrovisores. Regresan a mi cabeza las voces de mis padres, las risas de mis hermanos, el primer libro que leí, el camino hacia la escuela, los perros de la casa, los primeros amores... En el recuerdo, la vida parece más dulce, quizás porque, como si se tratara de un pastel, el último pedazo siempre se disfruta más.

Pero el fantasma de lo no hecho, de lo nunca dicho, también llama a la puerta de la memoria. El trago más amargo es quedarse sin tiempo. Pienso en los rostros que no volveré a ver. Los sueños de la infancia parecen ridiculizar lo que hice de mi vida; dejan en evidencia el fracaso, la impotencia, el vacío. El insomnio de lo que no fue versus lo que no será.

El miedo es encarar la inevitabilidad y no encontrar culpables. El miedo es desconocer qué hay después del silencio y enfrentarse al olvido. Desfallecer.

Todo pierde el sentido rápidamente y me pregunto cómo

escapar de este absurdo abismal. La muerte sugiere abrir la puerta de todas las libertades. Pero entonces escucho un sonido retumbar desde las entrañas del cielo. La lluvia cae sin prisa y en mitad de la noche el cuarto se impregna de un olor a tierra mojada.

Me doy la vuelta en la cama y encuentro a mi hija acostada a mi lado.

No puedo evitar notar todo lo que ha crecido y, por un segundo, vuelvo a sentirme un hombre afortunado. Ella me observa, como si supiera lo que estoy pensando.

—Anda, abrázame como si estuviera lloviendo —le digo antes de romper en llanto.

La retirada

Lo peor del cáncer no es que acabe con tu vida, es que no lo haga o que lo haga muy despacio: es estar vivo para sentir cómo drena tu poder. La enfermedad y su irrupción. Su avance irremediable, su capacidad de reducir un cuerpo hasta límites que no habías podido ni habrías querido imaginar. No sé cómo demostrarle que no le pertenezco. La enfermedad y su sentencia, su castración. Despertar todos los días con la muerte revoloteando.

La voluntad es lo primero que se pierde: no puedo decidir cómo vivir ni cómo morir, lo demás qué importa. Qué importa si me despierto temprano o tarde, si almuerzo o si me baño, si me levanto de la cama. Déjenme en paz. Después se pierde la vergüenza —porque sí, el enfermo se avergüenza de estarlo—, y que me disculpen si me deterioro, si pido muchos favores, si ya no me veo bien y no puedo sostenerme solo, si les doy pena o si están tristes por verme así; si con esto les cambié mucho la vida. Que me disculpen si quiero estar solo.

El interés también se va. Recibo en promedio cinco llamadas al día. Amigos, familiares, todos quieren hablar conmigo, saber de mí, recordar otros tiempos, darme ánimo. No estoy. Ya no reviso correos ni redes sociales, ya no pregunto por nadie. Creo que dejé de llamar a mis hijas cuando salen para saber cómo están o a qué hora vuelven a casa. No es que ya no las ame, es que a veces se me olvidan, se me van borrando.

De a ratos el miedo también se pierde. O se esconde. He pensado en una muerte célebre: me imagino cayendo de un puente en mitad de un atardecer hermoso. Otras veces pienso en una muerte silenciosa y observo por minutos interminables la caja de analgésicos: sería como quedarme dormido. Que no olvide la muerte que la vida es mía, y que recuerde la vida que todavía me

queda un arrebato.

Pero al final del día la valentía se pierde, los años se van y vuelve uno a llorar como un niño. Quiero que esto termine, le pido a un dios en el que ya no sé si creer. Cierro los ojos. Quiero que esto termine porque ya no aguanto más. Aguardo un momento antes de que vuelva la luz, la vida se atraviesa ante mí nuevamente para revelarme el veredicto: que aún no he muerto, que todavía puedo más, que tengo que poder.

Y entonces aparece mi perro en la puerta del cuarto, me mira, me ladra, me mueve la cola, me llena. Las pequeñas cosas. Decido sonreír. Sube a la cama y se acuesta a mi lado, lo acaricio. Enciendo la televisión y pongo un canal para niños. Respiro. Me concentro en las ocurrencias infantiles y otra vez estoy riendo con ganas, con irreverencia, con autoridad, porque reír es mi mayor acto de rebeldía para hacerle frente al absurdo que es la vida. O el final de ella.

Pienso en mis hijas, pienso en este aislamiento absoluto que a golpes trata de ser una despedida. Me levanto de la cama, busco a la menor, que duerme en el cuarto de al lado. Me siento junto a ella, le tomo la mano. Ella abre los ojos sobresaltada y me recibe con extrañeza.

—Si alguna vez tienen que juzgarme, si alguna vez van a juzgarme, recuerden que yo también fui humano —le confieso por primera vez en veintidós años.

II

Caracas, 11 de junio de 2011

—¿De qué te arrepientes, Alvarito?

—¡Ah! De haber fumado.

—¿Por qué?

—Porque me quitó vida. La posibilidad de asombrarme con tantas cosas que están por venir. Y a mí me gusta asombrarme, no pierdo la capacidad de asombro.

—¿Qué es lo que no le puede faltar a un día en tu vida?

—Alegría.

—¿Y si le falta?

—Yo se la pongo.

—¿Qué admiras del ser humano?

—La resistencia.

—¿Y en qué te parece que falla?

—En que le falta más civilidad. Todavía sigue siendo muy animal.

—¿Qué piensas de las pasiones?

—Que están para controlarlas. Es un ejercicio de disciplina. El hombre no puede dejarse llevar por sus pasiones porque ellas no van a desaparecer, siempre van a estar ahí.

—Pero entonces qué opinas de una frase que dice que «La vida son los momentos que te roban el aliento». ¿Esos no serían momentos pasionales?

—La vida está hecha de muchas frases bonitas, impactantes, pero que realmente no tienen gran trascendencia. Esa es una frase bonita, pero igual mérito tiene el que se tira de un paracaídas, y en dos minutos arriesga su vida y se llena de adrenalina, que el que está en una universidad, ¿sí?, quemándose las pestañas, sin un

subidón de adrenalina, pero haciendo futuro.

—Si pudieras cambiar de tiempo y de espacio, ¿a dónde irías?

—No me iría muy lejos: aquí, en Venezuela, pero en la década de los 90. Inicios del 90.

—¿Por qué?

—Porque esa década fue decisiva para acunar los movimientos que estamos viviendo hoy. Entonces, diez años atrás, antes de que ocurrieran, había mucho para hacer y para detener lo que pasó, lo que hoy está pasando.

Caracas en ambulancia

Papá despertó mal, ha pasado todo el día en cama. El pecho le duele y le cuesta respirar. Trato de ayudarlo, pero me resulta imposible. Se deteriora rápido.

Necesito pedir una ambulancia.

Las ambulancias forman parte del ecosistema urbano y escuchar sus sirenas se vuelve tan cotidiano que, por lo general, olvidamos que anuncian una emergencia. Nunca reparas en cuántas se mueven nerviosas por la ciudad hasta que estás esperando una, hasta que la vida de tu papá, por ejemplo, depende de ella.

Observo a mi papá por un momento: su tórax prominente, sus manos apoyadas en las rodillas, su cabeza gacha, su cuello tenso, sus hombros que suben hasta el cielo, una vez más, en un intento desesperado por atrapar un poco de aire, sus clavículas hundidas y sus costillas con esos agujeros, producto del esfuerzo, de la lucha; contornos espantosos, de ahogado.

—Tengo una emergencia. Mi papá no puede respirar, no puede moverse. Sesenta años. Chacao. Bello Campo. Edificio San Remo. Desde la tarde comenzó a complicarse, no pudo dormir y ahora no puede pararse de la cama. Se cansa demasiado, se fatiga, no puede respirar. Tiene EPOC estadio 4 y le diagnosticaron cáncer hace unos meses. ¿Tienen un tiempo estimado? Ok.

Recuerdo a mi hermana. Ella es médica. Hace unos años tomó un avión a España y, desde entonces, nunca regresó. Alguna vez, llegando de una guardia cuando aún vivía con nosotros, me dijo que el tráfico de esta ciudad era el reflejo de lo mejor y lo peor de su gente. «El que quiera conocer la verdadera Caracas, que se monte en una ambulancia.»

La vida es una sala de espera; un reloj que baila y se burla.

Son las 5:55 p.m. y comienza la agonía: sabernos impotentes.

—Vamos a vestirnos. Tratemos de comer. Tienes que tratar. Respira, respira. Cálmate, respira.

Él me mira, asiente con lentitud mientras exhala aire por la boca. Pienso en que, desde alguna calle embotellada, viene la ayuda que tanto necesitamos. Suenan sus sirenas de emergencia, pero todos estamos tan cansados... Quizás si ellos supieran que se trata de mi papá, cederían el paso. Seguro que lo harían. Pero las tragedias sin rostro nunca convencen a nadie, mucho menos cuando tenemos entre manos una meta tan importante como «salvar el país», nuestro país.

Cuando mi papá por fin tiene puestos una camisa y un *jean*, son las 6:46 p.m.

Cada intento por contener el aire es más agónico, la piel continúa pegándose a los huesos, dibujando el perímetro de su cuerpo cansado. La tensión parece menguar un momento, pero es solo porque nos acostumbramos a ella.

Son las 7:00 p.m. y la ambulancia no llega. Nos paramos y decidimos esperar en la sala.

—Hola, llamé hace más o menos una hora para solicitar una unidad a Bello Campo. Mi papá está mal, se está descompensando y no respira.

Son más de las 7:20 p.m. cuando tranco el teléfono.

Y ya sé: no es culpa de nadie, ellos no pueden hacer nada, las calles se están derrumbando, pero me aseguran que ya están cerca y me sugieren que espere abajo.

—Ya vengo, papi.

Bajo por las escaleras. Cuando salgo a la calle, me inundan el humo y el olor de las bombas lacrimógenas. La ciudad parece estar llena de ambulancias, de vidas atascadas en el tráfico. Escucho sirenas que van y vienen. Al fondo, suenan detonaciones como campanas. Continúan la espera, el cansancio, la agonía, las maldiciones, las oraciones, todo en una ráfaga mezclada de esperanza y tristeza. Entonces aparece una camioneta verde, 4×4, y su sirena se dirige hacia mí.

«Unidad móvil», leo a lo largo de sus dos puertas. Todo

sucede deprisa. Una doctora muy joven y dos paramédicos se bajan de la camioneta, cada uno sujeta sobre su nariz una gasa empapada en vinagre. Hacen las preguntas de rutina: edad, condición, ¿toma algún medicamento? Abro la puerta de casa y mi papá recibe a todos con una amabilidad diluida por el cansancio y la espera. En diez minutos, la doctora lo examina y decide que no podemos esperar por una ambulancia; es necesario trasladarlo de inmediato a la clínica.

Los paramédicos toman cada uno por un brazo a mi papá. Lo levantan en un esfuerzo que para él resulta atroz. Una vez de pie, inician su camino hacia el ascensor. Paso a paso. Lento pero rápido. Veo pasar frente a mí el dolor de una persona que amo, y en él se reflejan a su vez tantas personas más, las carencias que se ocultan detrás de cualquier ideología, de cualquier ideal de revolución, del apasionamiento o de la indiferencia; me golpea en la cara un país que se nos viene a los hombros.

Subimos a la camioneta con dificultad. Al segundo siguiente estamos rodando por la verdadera Caracas a toda velocidad. Mi papá se va quedando sin aire. La camioneta esquiva mirones y manifestantes que no dan paso, se desplaza entre motos de guardias nacionales, carros, cornetas, más motos.

Mi papá no respira, cierra los ojos.

Hay barricadas prendidas en fuego que obstruyen las vías; la camioneta se monta en la acera y no se detiene. Llegamos a la entrada de la autopista, suenan nuestras sirenas, la corneta.

Aceleramos.

Un guardia amenaza con detenernos y al segundo siguiente otro lo increpa, nos da paso. Me atormenta esta ciudad de aire infantil, pueril, que hace daño sin saberlo y que quizás si lo supiera se arrepentiría, se detendría, nos daría una oportunidad. Quizás.

Dejamos atrás el disturbio, la rabia, el forcejeo. Nos adentramos en un silencio melancólico frente a una autopista vacía que se abre ante nosotros. La Caracas intransitable abre sus caminos, se descubre como lo que es: una ciudad de figuras nostálgicas, de calles en construcción o a medio iluminar, de edificios viejos, de lucecitas que resplandecen en la lejanía y

resguardan vidas anónimas, la Caracas fresca, de color anaranjado, la ciudad que se defiende del olvido y por eso nos ruge en la cara. Una ciudad remolino.

Llegamos.

Nos recibe un cartel que informa que la Emergencia no está admitiendo pacientes. La doctora nos asegura que cuando vean a mi papá lo dejarán pasar. Nos disponemos a continuar cuando sale a nuestro encuentro el doctor encargado. Lo examina dos minutos y permite su entrada de inmediato. Nos ordena dirigirnos hacia una puerta que se encuentra al bajar una rampa.

La camioneta se pone otra vez en movimiento.

—Vamos a tratar de que sea rápida la admisión —afirma la doctora. Está gritando porque las sirenas de nuevo nos ensordecen.

Entonces frenamos en seco, se nos atraviesa la ciudad de la furia: el paramédico sostiene a mi papá justo antes de que su pecho golpee el espaldar del asiento de enfrente.

Dos cornetazos chocan en el aire enrarecido.

Cuando miro hacia fuera, veo a un mototaxista indignado y furioso, que parece esperar nuestras disculpas. Un segundo después, arranca. Su cliente, una mujer que lleva detrás, amarrada a su cintura, nos insulta con toda la rabia que guarda dentro.

—¿Están bien? —pregunta la doctora—. Tranquilo, que ya vamos a llegar —le dice a mi papá—. Vamos, vamos, vamos. Arranca.

Continuamos nuestro camino y descendemos por la rampa en silencio hasta las puertas de la Emergencia. La unidad se detiene. Antes de salir, la doctora hace un gesto con su mano, como empujando el desaliento, y deja escapar un último desahogo:

—Este país se fue a la mierda.

Una mano lava la otra

Son las 7:00 a.m. cuando salgo de casa. En mi cabeza hago un mapa mental que ubica las seis farmacias de la zona y me indica la ruta más rápida para recorrerlas todas. En mi pecho asoma el nerviosismo: ¿y si no las encuentro? El desabastecimiento no hace excepciones en este país. Ahogo los pensamientos y me concentro en la labor. Enciendo un cigarrillo. «No te preocupes, ocúpate», me repito.

La mañana es cálida. Subo la calle de los quioscos. Huele a horno, a panadería, a desayuno: a cachito de jamón con un cuartico de jugo. Suenan cornetas, estamos apurados, vamos tarde. El ritmo de la ciudad consigue despertarme. Los rostros hablan. El primer café de la mañana, esperar el metro, llevar a los niños al colegio, ir al trabajo, comprar comida.

Respiro. Espero en el rayado peatonal por una convicción que parece absurda: que el semáforo me dé paso. Cuando es mi turno de cruzar, esquivo carros y motos con la fluidez de un peatón experto en calles hostiles, donde el irrespeto es la norma. La primera farmacia me espera en la acera de enfrente. Ya está abierta. Apago el cigarrillo y doy los buenos días con amabilidad.

—¿Tienes tramadol? —pregunto. Quien me atiende se limita a hacer un gesto de negación con la cabeza—. ¿Y fenobarbital?

El gesto se repite.

—Nada. Eso tiene tiempo agotado —responde.

La próxima parada me espera a menos de dos cuadras, así que apuro el paso. Mantengo la calma, todavía me quedan cinco. Mientras camino, me empapo de cotidianidad, de viejitos que leen el periódico sentados en un banco, de vecinos que conversan entre chistes e insultos sobre las políticas gubernamentales, de acentos locales y foráneos, de personas que trotan o pasean sus perros. Me

detengo. Me sobresalto. Veo peatones que se amontonan. La policía resguarda la entrada de la farmacia, forma una fila con tono autoritario y amenaza a los que no se comportan.

—Me dejan el griterío —advierte uno de ellos—, y vamos a poner orden.

Pregunto para qué es la fila.

—Llegó papel y también hay pañales —me responde una mujer.

Me acerco a la puerta y me dirijo a un oficial:

—Yo solo necesito pasar a la farmacia.

Con un gesto llama al gerente, le informa sobre mi petición y cuando van a darme paso...

—¡Haz tu cola, abusadora! ¡Esta sí es cómoda! ¿Qué te crees: mejor que el resto?

El gerente niega con la cabeza y me pide que me retire. Cuando retrocedo, la gente aplaude.

Otro cigarrillo. Me repito que perder la calma no sirve de nada. Busco dónde resguardar la mirada. Encuentro solo miseria; estoy harta, sacar belleza de este caos es virtud. Calles deshechas, basura, un olor a mierda que impregna todo, moscas, gente. Aquí no se puede ni caminar. Quisiera correr, empujar a todo el mundo, gritarles que es su culpa, porque la culpa tiene que ser de alguien, claro. Respiro, contengo las lágrimas, el vacío, la indignación. Tengo que seguir buscando el medicamento.

Me desplazo entre la gente de manera autómata. Evito pensar. Solo necesito llegar a la próxima farmacia. La veo al final de la calle; por lo menos esta no tiene una larga fila de personas al frente. Le pido a Dios que, por favor, por favor, por favor, tengan los medicamentos, pero ya no creo en él. Cuando llego a la puerta, siento el corazón en la garganta. Está cerrada. Reviso el horario, abren a las 7:30 a.m. y ya son las 8:15 a.m. No entiendo. Un abuelito que está sentado enfrente me llama.

—Van a abrir más tarde, hija, si es que abren. Lo que pasa es que recibieron mercancía, se deben de estar organizando.

Le agradezco. Miro al cielo, señalo. Pero Dios no atiende los viernes. Es inútil, cuando llego a la siguiente farmacia todo se

repite.

—No hay, eso está agotado.

Vuelvo a la calle, frenética, atormentada, sigo buscando culpables. Suena mi teléfono. Siento el impulso de destrozarlo contra el suelo. Es mi papá.

—Hola, papi. No, no he encontrado, pero todavía estoy en eso. ¿Te está doliendo? ¿Pero mucho? Bueno, tranqui, ya la vamos a encontrar. Quédate tranquilo y espérame. Un beso, te quiero.

Los dolores de mi papá ya tienen un mes y no se quitan. Solo logramos controlarlos con opioides, pero hoy se tomó un ibuprofeno porque tramadol no hay. Anticonvulsivantes tampoco se consiguen, «eso está agotado», y los pacientes epilépticos o con tumores cerebrales tienen que asumirlo, supongo, y sus familias también.

No hay culpables, esto fue lo que nos tocó.

Entro a la última farmacia, desahuciada. Tomo un número, pero solo por costumbre, no hay nadie esperando dentro. Le pregunto al farmacéutico, con el rostro entre las manos, si hay tramadol o fenobarbital. Contengo las lágrimas.

—No, no hay.

Respiro hondo. Agradezco y me tomo un minuto antes de retirarme.

—¿Para quién es? —me pregunta.

—Para mi papá.

—¿Qué tiene?

—Un tumor cerebral.

—Ah, tiene cáncer —dice casi en un susurro—, espérame un segundo.

Su silueta desaparece por un momento y cuando regresa extiende su mano hacia mí.

Levanto la mirada, incrédula. Me encuentro con un rostro joven y triste que me observa.

—Mi papá también tiene cáncer. Bueno, tenía... Esto es lo único que me queda. Pero ven mañana, parece que llegan.

Aprieto ambos blísteres en mi mano. Hay uno de tramadol y otro de fenobarbital.

—Espero que te sirva —dice sollozando. Luego se retira a la parte de atrás de la farmacia.

Abandono el lugar en silencio. Siento el corazón destrozado. La esperanza es así, a veces se abre paso con golpes secos.

El espacio que ocupa el vacío

Ya ha transcurrido un año desde aquel viernes cuando todo empezó. O en el que todo terminó. Qué problema con las perspectivas. La vida no es otra cosa que tratar de seguirle el paso al tiempo. El 1 de agosto se volvió una fecha inolvidable porque nos cambió a muchos, dejando en evidencia que nuestra cotidianidad se erige sobre bases de cristal.

Eran las 5:55 p.m. cuando entramos a la Policlínica Las Mercedes. El deterioro motor que mi papá había sufrido en la media hora anterior encendió en mi cabeza, una vez más, las alarmas de emergencia. La coordinación del lado izquierdo de su cuerpo ya casi no le permitía caminar, apenas podía mantenerse en pie. Todo apuntaba a un accidente cerebrovascular.

Un proverbio chino reza que el aleteo de las alas de una mariposa puede provocar un tsunami al otro lado del mundo. Al otro lado del tiempo, un niño de catorce años encendió un cigarrillo para llamar la atención de aquella mujer casada que lo deslumbraba. Cuarenta y seis años después, un hombre llega agonizante a una sala de emergencias. Lo aguarda un diagnóstico insospechado.

El reloj nos taladra los oídos. La doctora da inicio a su examen físico. Mi papá apenas puede respirar y el lado izquierdo de su cuerpo responde cada vez menos. Cuando termina la revisión, tenemos que pedir ayuda para bajarlo de la camilla: ya no puede moverse. Llega una silla de ruedas para esperar al hombre que hace unas horas caminaba a gusto por su casa. Aunque, si hago un esfuerzo, alcanzo a recordar que en el almuerzo se quejó de un ligero malestar: «Tengo un dolorcito de cabeza, creo que me mareé».

Con dificultad, acomodamos a mi papá en la silla de ruedas.

Su cuerpo se siente cada vez más rígido.

—Vayan buscando una clínica, porque tienen que llevarlo de emergencia. Mientras tanto vamos a hacerle una radiografía para adelantar, pero, para que sepan, esto es un ACV isquémico.

No alcanzo a procesar del todo la información, demasiadas palabras nuevas que no eran parte de mi vida.

Comienzo a mover la silla, me desplazo con cuidado tratando de incomodar lo menos posible a mi papá. Un camillero me aparta con un gesto y acelera el paso. Ingresan a un cuarto a toda velocidad. Antes de que yo pueda entrar, la puerta se cierra. A través de un vidrio oscuro veo cómo lo tienden en una camilla y lo preparan para el estudio. La doctora llega un minuto después.

—Con esto le voy a hacer el informe médico y enseguida te vas a la Emergencia —me dice antes de entrar al cuarto y cerrar nuevamente la puerta.

Trato de mantener la calma. Cuando la puerta se abre otra vez, entro sin preguntar. Tomo la mano de mi papá, que está ahora en la silla. Siento su cansancio, su debilidad, su terrible obstinación.

—Ya casi estamos listos y nos vamos a la clínica. Te quiero. Estoy contigo.

Mi papá me mira, levantando su rostro ladeado, y me dice sin disimulo:

—Qué ladilla.

Yo lo miro con asombro.

—Sí, la muerte, morirse. Es una ladilla —repite.

La voz de la doctora me saca de mi letargo.

—Sí, es un ACV isquémico —revela mientras abandona la habitación.

—Un momento. No. Esto es una LOE —añade una voz que no conozco.

Volteo y encuentro a un hombre joven que observa con atención las imágenes del estudio. La doctora se devuelve, fija sus ojos en la pantalla apenas durante un minuto y luego me mira.

—Por favor, acompañen un momento al señor. Voy a hacer el informe médico, vente conmigo.

Trato de seguir su paso rápido. Mientras caminamos hacia su consultorio me dispara:

—Bueno, mira, tu papá está muy mal. La radiografía nos muestra una LOE. Eso quiere decir lesión ocupante de espacio.

La observo moviéndose, dándome la espalda mientras me comunica cosas que para mí no significan nada. Me quedo mirando su bata blanca, deseando tener una para poder entender.

—¿Qué significa esto? Que tu papá tiene un tumor cerebral, es decir, tu papá tiene cáncer.

Siento que las luces me encandilan demasiado. Cierro los ojos, trago en seco.

Abro los ojos y estamos frente a la puerta del consultorio. Ella busca su llave en el bolsillo.

—¿Cuál es el pronóstico? —pregunto.

La puerta se abre, entramos y me desplomo en una de las sillas.

—Fíjate, para la condición que notamos en tu papá, podríamos estar hablando de horas. Con suerte, un día o dos. Con demasiada suerte, unos meses. Pero, sinceramente, estos pacientes no viven mucho, no tienen un buen pronóstico. Te recomiendo que te calmes. Si vas a llorar, aprovecha y hazlo aquí, trata de que tu papá no te vea.

Todo se detiene.

Mi papá se va a morir.

Me quedo esperando las lágrimas, pero no llegan.

—Voy a hacer el informe médico y estamos listos —me dice mientras abre su *laptop*.

El tiempo da marcha atrás, estoy sentada en el balcón de una casa vieja y mis pies no tocan aún el suelo. Mi papá sostiene una guitarra en sus brazos sin dejar caer nunca el cigarrillo que espera en su mano derecha.

—Cuando crezcas más te voy a enseñar a tocar, ¿te parece?

Salgo del consultorio con un informe médico en las manos, siento ganas de romperlo por su atrevimiento, por su irrupción irrespetuosa en nuestra vida. ¿Qué sabe el cáncer de nosotros? ¿Qué sabe de mi infancia dichosa? ¿Qué sabe de los cuentos que me leíste y las poesías que recitamos? ¿Qué sabe de nuestras canciones, de nuestras promesas?

Encuentro a contraluz la imagen de mi papá. Me espera frente al carro en la silla de ruedas, está encorvado, tiene la cabeza caída, sus manos están dobladas frente a su pecho, engarrotadas. Veo un cuerpo en implosión y, a través de mis ojos, parece acabarse un universo que gira a su alrededor.

Respiro profundo y avanzo hasta llegar a su lado.

—¿Qué es una LOE? —me pregunta de inmediato.

—No sé, papi. Vámonos a la clínica ya.

—Qué ladilla, hija. Qué ladilla morirse cuando uno ha amado tanto y tiene todavía tanto por amar.

Dos camilleros lo levantan de la silla de ruedas y lo sientan en el carro; no hay ambulancias. Esa noche, camino de la clínica, mi papá volvió a tomar mi mano como cuando era niña. Estaba lleno de sospechas, de temores y de dudas, pero tenía una certeza tal vez premonitoria: aún le quedaba mucho por amar.

Afino el oído al son del recuerdo: los acordes parecen familiares, suenan a infancia, a ternura, a «Eres el mejor papá del mundo», a paseos por el parque, a helado de chocolate y a «Déjala que no se coma la ensalada». Estoy sentada en sus hombros y vuelvo a sentirme en la cima del mundo. Vuelvo a bailar encima de sus zapatos Reebok blancos. Noto entonces que nunca dejamos de bailar, pero ahora entiendo que baila mejor el que sabe cambiar de ritmo.

La primera noche

Hace frío en la sala de cuidados intensivos. Papá tiembla aunque ya tiene tres mantas cubriendo su cuerpo. Pesa cuarenta y un kilos y yo me culpo por no haberme dado cuenta a tiempo. Lo abrazo, trato de calentarlo. Me quito el suéter, lo arropo. Continúa temblando. Me quito la bufanda y con ella rodeo toda su cara. Se queja de que la luz blanca le molesta. Cubro sus ojos con mi antifaz de ojos de panda. Lo conozco bien, eterno defensor de la ternura. Él se acurruca, sonríe. Está lleno de cables, de vías, de agujas, de máquinas, pero sonríe. Me saca la lengua, me toma la mano, me acaricia.

Las enfermeras nos observan con lágrimas en los ojos. Me dicen que ya debo retirarme de la sala. Yo les ruego con la mirada. Ellas saben que quizás sean nuestros últimos minutos juntos, el edema cerebral es demasiado grande. Me dejan quedarme cinco minutos más, luego diez, luego quince. Cada minuto es eterno e insignificante al mismo tiempo. Ninguna despedida habría sido suficiente.

Mi papá está helado, pálido, moribundo, y me dice que me quiere.

—Tiene que descansar, señor Álvaro. Dele la bendición a la niña y despídase; mañana tempranito se ven otra vez.

Cincuenta y cincuenta. Saben que mienten, pero la mentira es dulce porque es esperanza.

—Yo voy a estar aquí al ladito, ¿ok? Te quiero, papi, hasta mañana.

Él me da la bendición, se despide con la mano y me lanza besitos.

Salgo de la sala y la puerta se cierra. Me quedo sin aire y mi cuello se deforma cuando me esfuerzo por ahogar un grito. Lloro

en silencio porque no quiero que él me escuche, pero lloro con fuerza y con furia. Las tres enfermeras me abrazan, me piden que me calme, que respire, que me siente. Les digo que no puedo dejarlo solo. Me prometen que lo van a cuidar bien. Me aseguran que apenas amanezca podré verlo. Me dicen que debo descansar, y regresan a la sala.

Me quedo sola. Muy sola. Y tan lejos.

El tiempo se cae a pedazos, la sala de espera, la clínica, la vida. Todo se derrumba. Así es la mortalidad.

Recuerdo cada abrazo y cada beso que no le di. Y cómo siempre me decía: «Abrázame, Gabita, que un día no vas a poder». Así se terminaban casi todas nuestras discusiones. «Sí eres dramático», respondí tantas veces.

Durante horas observo la puerta de la unidad de cuidados intensivos. Alcanzo a recorrer toda nuestra historia, todas las lecciones que trataste de darme sobre el amor y el tiempo.

—Gabriela —escucho desde la ventana—, Gabriela, sube, por favor.

Suelto mis Barbies y levanto el rostro con suavidad. Veo a mis amigas, mayores que yo. Ellas de doce y trece, yo de nueve. Luego alzo más la vista hasta llegar a la ventana.

—Voy —respondo en seco—. Ya vengo —les digo a ellas.

Subo las escaleras con el corazón en la garganta.

Cuando llego a casa no levanto la mirada, me quedo mirando los zapatos de mi papá.

—Dime. ¿Qué hiciste?

—Nada.

—¿Por qué no me saludaste?

—Porque estaba jugando, pero yo te dije hola.

—Sí, pero yo estoy llegando de viaje, tengo dos días sin estar en la casa y cuando llego quiero que mi hija me salude, me dé un beso y me abrace.

Mientras levanto la mirada voy descubriendo a mi papá, vestido de traje gris, camisa blanca y corbata vino tinto.

—¿Me vas a decir por qué no me saludaste? ¿No me extrañaste?

—¡Sí te extrañé! Pero... estaba con mis amigas.

—No vas a ser más grande por no saludar a tu papá.

—Perdón, papi.

—Ok, vamos a comenzar otra vez.

Sale de la casa y cierra la puerta.

Cuando vuelve a entrar, saludándome como si fuera la primera vez, me quedo atónita. Extiende sus brazos y corro a abrazarlo.

Mi papá era el mejor del mundo.

¿Cómo podía ser el mundo después del mejor papá del mundo? No podía ser.

No hay un mundo en el que no llegue a abrazarte o a escuchar tus historias. No hay un mundo en el que no te llame para decirte cualquier cosa. No hay un mundo en el que no me llames para contarme algún chiste malo. No hay mundo al otro lado de la voz más bonita del mundo. No hay nada, no queda nada.

No te vayas.

Me levanto de la silla, bajo las escaleras hasta llegar a la planta baja y salgo de la clínica. Son las 3:30 a.m. y sé que no es una buena idea, pero necesito respirar. Cruzo la calle y me dirijo al único negocio que está abierto. Pido algo para beber. Solo tienen agua saborizada. Mientras me dan el cambio miro a los lados una y otra vez, síntoma de la constante paranoia caraqueña.

Agradezco y me largo.

Cuando estoy de vuelta en la entrada de la clínica, el vigilante me observa. No tarda en advertirme del peligro y la criminalidad, de la imprudencia que representa caminar por la calle a esa hora. No respondo, miro lejos, ¿qué más da? Al rato me pregunta por mi papá, me dice que nos vio llegar. Mi silencio es elocuente.

—Hija, un día a la vez —me dice—. Déjese de esa sala de espera. Vaya a dormir un rato. Mañana a primera hora las enfermeras la despiertan.

Después de una vida, el consuelo era ese: un día a la vez. Pero, sobre todo, lo importante era sobrevivir a esa noche; la primera noche.

Perdonar a Lorena

Dar la cara es duro. Poner la otra mejilla, mucho más.

Esa es la historia de Lorena: se volteó y se fue. La enfermedad, el dolor, la muerte: lo negó todo, lo ignoró todo. Siguió viviendo. Para mirar a los ojos hacen falta más que «dos cojones». Y a algunos el golpe les duele menos en la espalda. Pero Lorena no es la única. Como ella hay tantos que sería imposible nombrarlos a todos, e imperdonable no hacerlo. Su egoísmo no tiene en realidad nada de especial, salvo para quien la observa marcharse. Quien se queda atrás sufre y se martiriza casi siempre con los espacios vacíos, con los recuerdos que rebotan en las paredes, con ese eco, esa estela.

Ver a las personas por lo que son y no por lo que queremos que sean. Ese ardor es familiar. La decepción destroza la garganta como un alambre de púas cada vez que pronuncian su nombre; la expulsan: Lorena.

—¿Lorena? Lorena no vino ni siquiera al funeral de su madre. Desde hace más de cinco años que no le vemos la cara. Mejor así, el día que ella entre por esa puerta, yo salgo —me dijo Lina.

Pero lo cierto es que Lorena ya no estaba, se había ido incluso antes del avión, del taxi y de agarrar por la mano a los dos carajitos. Es una sombra que apenas aparece por algún rincón de la enfermedad de Lucila.

¿Dónde estaba Lorena cuando le raparon el cabello a su mamá? El despojo no se olvida. ¿O cuando la operaron para extirpar la mayor parte del tumor? Verla alejarse en una camilla con esos ojos de ciervo. ¿Acaso lloró en la sala de espera? El corazón se convierte en un taladro. ¿También sintió cómo la amenaza de la muerte ralentiza el tiempo? Toc, tic, toc, tic. ¿Estaba en la habitación cuando su madre despertó con aquel

drenaje en la cabeza? Después de la operación, lo primero que hizo Lucila cuando vio a Lina fue pedirle que la acompañara a caminar. Tomó su brazo y comenzó a andar por el pasillo. Aún escapaba: nunca se está lo suficientemente lejos de la muerte y la muerte estaba ahí, pero ¿dónde estaba Lorena?

A veces la busco en las historias, en los recuerdos de Lina, en los de Enrique.

J. me repite que no quiere hablar de ella. Las pocas veces que la menciona lo hace con desprecio. Lo sé, lo entiendo: lo primero que mató a su abuela no fue el cáncer, fue Lorena. Y lo peor es que yo a ella también la entiendo: hay que ser valiente para acompañar a un hombre mientras muere. A la mayoría de la gente le basta con dejar morir.

Le dije a mi padre un día que jamás iba a perdonar a quienes lo dejaron solo, comenzando por Dios. Él me pidió compasión.

—Yo sé quién es quién y sé quién eres tú. Pero las personas no son malas, Gabita. No te quedes con lo malo, cámbiate los lentes.

Lloré en silencio.

Busco a Lorena en mis propios recuerdos. Y la encuentro. Todos los ecos se parecen. Las soledades son las mismas cuando el cuchillo se abre paso desde adentro. No, que no entra: sale de las entrañas y duele más porque pensamos que era nuestra. Pero hasta la propia sangre a veces nos abandona.

—El olvido es una responsabilidad inherente a la inteligencia —sentenció mi papá con un abrazo.

Esa noche pidió por el perdón de todas las Lorenas.

Ante todo, no hagas daño

Debe de ser difícil ver morir a un hermano. Mi padre es el menor de siete. Solo tres, además de él, están vivos. Y los tres lo observan mientras yo corro al lado de la camilla para entrar a la Emergencia. Lo último que veo antes de cruzar la puerta de la vida y la muerte son sus rostros. Sus ojos están fijos en nosotros, muy abiertos. Son las miradas de quienes han escuchado el ruido que hacen las cosas antes de caer, un espacio de tiempo que permanece congelado en el segundo previo al impacto, cuando no queda otra alternativa que encajar el golpe. Es el último aliento del temple antes del estallido.

Mis tíos, cada uno a su manera, arrastran su pena. Supongo que cada uno vive en la asfixia de la pérdida como puede. Seguramente aprenderé tarde a no juzgarlos, y eso me atormenta. Pero es difícil ver el dolor de otros cuando estamos nublados por el propio. Quizás porque, como el amor, el dolor también es un lenguaje único que cada quien experimenta de una forma diferente. Es difícil coincidir y, para entender, casi siempre se necesita tiempo. Pero yo no tengo tiempo desde que mi papá se está muriendo.

Al otro lado de la puerta, la cámara lenta se detiene y la vida retoma su ritmo con violencia. No puedo solo quedarme aturdida. Le toman los signos vitales, lo tienden y lo conectan al oxígeno. Muchas manos, muchas voces, muchas preguntas, pero yo no pierdo nada de vista. Síntomas, patologías previas, diagnóstico, medicación, historia clínica. Respondo sin apartar ni un segundo mis ojos de los suyos. Aprendí que en un hospital hay que mantenerse alerta porque en cualquier momento aparecen nudos.

Cuando los médicos se retiran por un momento, yo recupero mi terreno. Me acerco a tu oído, tomo tu mano y te pregunto:

—Del uno al diez, ¿cuánto?

Nueve es demasiado, pero me mantengo firme. Mientras te asfixias, alcanzas a recordarme:

—Tubo no.

Después comienzas a desmayarte.

Y yo me quedo con la misión de defender tu derecho a morir con dignidad.

«BiPAP. Pide una BiPAP», escucho en mi cabeza la voz de mi hermana. Corro a buscar a los médicos.

—Mi papá no respira. Se desmaya. Por favor —le digo a la primera bata blanca que me encuentro.

Mientras yo corro, ella camina. Cuando llegamos, papá ya está inconsciente. Le toma de nuevo los signos vitales y luego desbloquea las ruedas de la camilla.

—Me lo llevo. Lo tenemos que intubar ya.

—No, mi papá no puede. Él no quiere que le hagan una traqueo. Tiene un documento firmado con...

—Lo tenemos que hacer. Eso no puedes decidirlo tú.

—Claro que puedo. Soy la hija y él está inconsciente. Y te estoy diciendo que...

—A este señor hay que intubarlo urgente o se muere. Quítate o llamo a seguridad.

—Mi hermana es médico. Me dijo que le pusieran una BiPAP.

—Pero es que tú no puedes decidir nada de eso. Quítate. Déjame pasar.

Me aferro a la camilla de un lado mientras ella trata de empujar del otro. No hay ninguna fuerza en el mundo que pueda moverme. Defiendo tu voluntad con desesperación, con ferocidad, porque quizás sea el último gesto de lealtad que pueda demostrarte.

Defiendo tu derecho, aunque algunas personas han comenzado a susurrar que quiero matarte.

—Tiene un documento firmado con sus voluntades anticipadas. No quiere medidas invasivas. No quiere ese tubo.

¡Suéltalo!

—Eso no consta en su historia. Déjame pasar.

Cuando vuelve a empujar la camilla, lloro y le ordeno que te suelte y que nos deje y desearía ser mi hermana y tener su autoridad para decirle que se aleje y saber que tengo la última palabra y que nadie me cuestiona y que tú estás a salvo y que yo he podido hacer algo para defenderte sin tener que chillar como una niña pequeña y pedir ayuda a gritos. Siento unos brazos que me rodean y unas manos en mis hombros y por último alguien que sostiene mi rostro y repite mi nombre. Mis manos se aferran con tanta fuerza a la camilla que siento que mis uñas van a romperse. Abro los ojos, enfoco y veo a los doctores de mi padre. Los de siempre. Me sostiene uno de cada lado.

—Tranquila, escúchame, estamos aquí, mírame.

Me sobresalto como cuando te ahogan en la playa y apenas logras escaparte y salir a la superficie a respirar.

—Intubarlo no, por favor.

—No lo vamos a....

—Él no quiere. No quería. Una BiPAP. Mi hermana dijo que pidiera una BiPAP. Llámenla, por favor.

—Escúchame: le vamos a poner una BiPAP. No vamos a hacer nada que ustedes no quieran. Tranquila.

—Por favor.

—Te lo prometo.

—Llámenla.

—Vamos a salir a llamarla —me dice uno, mientras el otro me da una palmada en la espalda y me asegura que va a cuidar a mi papá.

El teléfono apenas repica y mi hermana contesta. Le doy el celular al doctor y de inmediato cambia de idioma. La familia, que esperaba afuera, se queda inmóvil cuando nos ven aparecer. No cruzamos palabras ni miradas. Intercambiamos lo necesario, lo suficiente para detener un poco más el tiempo, la caída, la ruptura definitiva. Que papá no está muerto y hay que esperar.

Recuperación

El sonido de sus pasos llega antes que ella. Segundos más tarde, no puede ocultar su confusión cuando aparece en la puerta y encuentra a mi papá con una hamburguesa en la boca. Ayer, cuando dejó todo para subirse a un avión, él estaba casi en coma. Y doce horas después, en cambio, lo ve come que come. Y ella mira al techo y luego a nosotros y luego de nuevo al techo. Se sienta, ríe, se frustra y ríe otra vez. Finalmente, va hacia mi papá y lo abraza.

Así es como mi hermana llora: sin saber hacerlo.

Cuando llega, también lo hace su ausencia. La falta que nos hace se siente más cuando ella está presente. Porque Angélica regresa y algo de nosotros mismos vuelve con ella. Afloran espejismos de lo que fuimos, de lo que tuvimos, de cómo deberían haber sido las cosas. Por eso me duele tanto mirarla.

Es sorprendente cómo tratamos de acostumbrarnos a vivir rotos y cómo lo conseguimos.

Mi hermana vuelve y parece que nunca se ha ido. Retoma la conversación con papá como si los separara una interrupción menor, no un continente. Y de alguna manera, así es, porque cada noche, antes de acostarnos, cuando papá me da la bendición, dice también «que Dios te bendiga, Ange», y yo siempre he sentido que, en donde quiera que ella esté, esas palabras la encuentran.

Lo que pasa entre nosotras, sin embargo, es diferente. Cuando nos abrazamos, a pesar de estar cerca, nos separa mucho más que un continente. Tenemos miedo de mirarnos y no encontrar más que reproches. Tal vez tenemos miedo porque desde hace tiempo dejamos de hablar, porque dejamos de entendernos y ninguna hizo nada para evitarlo. Tal vez no queremos arreglar el desastre que hicimos porque es demasiado y ni siquiera sabemos por dónde

comenzar.

Angélica tenía cuatro años cuando murió mi abuelo. Su partida la obligó a descubrir muy pronto que la consecuencia de la muerte es el abandono. Comenzó a sospechar los riesgos de ser hija única y, a sus siete años, mantuvo una seria conversación con mis padres:

—Necesito tener una hermanita porque no quiero estar sola en el mundo. —En vano trataron ellos de argumentar que nunca iban a dejarla—. El día que ustedes se mueran, yo me voy a quedar sola. —Cuando mis padres apelaron a la presencia de los primos, ella fue contundente—: No es lo mismo. Quiero una hermanita para que siempre estemos juntas.

Diez meses más tarde nací yo.

A su manera, extraña y tierna, Angélica siempre se hizo cargo de mí. Por eso ahora, cuando ella regresa, yo me vuelvo pequeña otra vez. Puedo dormir y llorar y ser una niña malcriada, porque mi hermana se encarga de todo. El peso abandona mis hombros, aunque no la tristeza.

Después de abrazarla, no encuentro palabras como «gracias» o «perdón» o «te quiero», ni siquiera puedo preguntarle «¿estás bien?». Porque yo no estoy bien y lo que siento es tan grande que nada que sienta otra persona puede ser tan importante. Ese es el error que cometemos siempre.

Resumo todo lo que no sé decir con un «Menos mal que llegaste», que en realidad significa «Menos mal que siempre llegaste». Cuando te llamé en la madrugada para decirte que mi papá tenía un tumor, llegaste. Cada vez que tuvimos que tomar una decisión importante, llegaste. Cuando tuvimos que programar su cirugía, raparle la cabeza y sentarnos en una sala a esperar, llegaste. Todas las veces que mi papá empeoró de repente y yo pisé un hospital, llegaste. Para sus cumpleaños, llegaste. Siempre llegaste.

Esa noche cenamos en casa. Mi hermana consigue el alta con algunas condiciones y nos vamos. Volvemos a nuestro lugar seguro, a ese rincón en el que la compañía enciende las luces y se desempolvan poco a poco las conversaciones. El hogar resurge.

Hace semanas le dije a mi papá que había perdido a mi hermana, que entre nosotras ya nada era lo mismo, que habíamos cambiado y no quedaban puentes posibles. Él me respondió que los senderos que hemos transitado tantas veces perduran por siempre:

—Quedan huellas en la tierra, pero hay que buscar. Y hay que querer ver.

III

Caracas, julio de 2011

—Ok, un libro que creas que nadie puede morir sin haber leído.

—*Matar un ruiseñor*.

—¿Por qué?

—Porque...

—¿Qué tiene ese libro que no tengan los demás?

—Tiene inocencia. Tiene la idea de cómo deberían ser los niños. Los niños hoy son adultos. A los cuatro, cinco o seis años ya están asumiendo posturas de adultos, y a los cuatro, cinco o seis años se está para vivir la infancia. Y en la medida en que se vive bien la infancia, se vive una adolescencia buena. Y quien vive una buena adolescencia, tiene una adultez buena.

—¿Cómo fue tu infancia?

—Buena. Bonita.

—¿Un momento de tu infancia que recuerdes?

—Todos los momentos de mi infancia fueron muy sabrosos. Los que recuerdo.

—Uno.

—Los sábados de reunión con la familia.

—¿Mascotas?

—Loli, una perra. Bueno, Loli y, antes, un perro que se llamaba Brandy.

—¿Cuál sería el regalo más importante, o al que tú le darías más valor, para hacerle a una persona?

—Valor civil.

—Tangible.

—Eso es tangible.

—Es un concepto intangible. Háblame de algo tangible.

—Un libro.

—¿Un escritor?

—A ver...

—Que no sea el mismo de *Matar un ruiseñor*, porque él nada más hizo un libro bueno.

—Ella, porque fue una escritora, Gabriela...

—Ah.

—Ajá. Pues García Márquez.

—¿Por qué?

—Ehhh, ¿aparte de ser mi vecino? Mi vecino y coterráneo...

—Pero si fue tu vecino, fue tu coterráneo, es obvio.

—Porque escribe muy sabroso. Y no: pudo ser mi vecino y nacer en otro sitio, Gabriela Alejandra. Llevas dos...

—Está bien. Una prenda de vestir.

—La camiseta blanca.

—Un rasgo característico tuyo. Uno que no te quitarías de ninguna manera.

—El humor.

—¿Cuál crees que fue el don más importante que Dios te dio?

—La capacidad de asombro.

—Una comida.

—Callos a la madrileña.

—Un postre.

—Helado de chocolate.

—Una canción.

—«La playa», «te voy a escribir la canción más bonita del mundo...», de La Oreja de Van Gogh. De momento. No sé por qué, pero me despierta algo. Pero las canciones van cambiando, no son las mismas siempre. Durante mucho tiempo fue «Unforgettable», de Nat King Cole. La versión con su hija, Natalie. Y «My Way», de Sinatra, que ha sido siempre mi himno. En fin.

—Una película.

—*2001: Una odisea del espacio*, de Stanley Kubrick.

—Un color.

—Naranja.

—Siempre te vistes de azul... ¿Por qué naranja?

—Por la viveza, el resplandor que da. El naranja refulge.

—Un personaje histórico o una persona.

—Kennedy. Porque tuvo en sus manos el poder para hacer muchísimas cosas.

—¿Eres religioso o espiritual?

—Espiritual.

—¿Cuál es la diferencia?

—La persona espiritual ejerce su religión en silencio, no la exhibe.

—¿Y qué piensas de la iglesia, entonces?

—Como dogma es bueno. Me gustan sus ritos, me gusta su finalidad. El problema es que no tiene tanta gente espiritual como debería.

—¿Qué es el dinero?

—Un medio.

—Una palabra.

—*Cariño*.

—Un mensaje que no quieres que se pierda.

—Honestidad.

—¿Cómo es la vejez perfecta, o cómo te la imaginaste?

—Voltear para atrás y sentirse bien.

—¿Cómo es la mujer ideal?

—Sencilla, pero que sepa manejar los triunfos. Comedida, diplomática. No farandulera. Que sepa manejar los silencios. Que estudie, que sea culta, que sea educada. Que sea huérfana.

—¿Qué son para ti tus hijas?

—Mis ojos en el futuro.

—¿Y qué quieres ser en el futuro?

—¡Abuelo!

3
DESPEDIDAS

Lo que nunca me dijo

Mucho antes del cáncer, mi padre dejó de leer.

Fue haciendo a un lado, gota a gota, sus libros: García Márquez, Hermann Hesse, Camus, Flor Romero, Gabriela Mistral, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Alejo Carpentier, Laura Restrepo, Plinio Apuleyo Mendoza, Borges, Bolaño, Harper Lee, Bradbury, Mark Twain. El último que recuerdo en sus manos, una relectura, fue *La colmena*, de Cela.

Cuando los libros se quedaron al margen, sin motivo, explicación ni ceremonias, las revistas tomaron protagonismo. Sus favoritas fueron siempre las de *National Geographic*, apiladas por toda la casa, pero especialmente en el baño, en donde muchas veces se encerraba a fumar y a leer y sospecho que a nada más. Creo que se encerraba buscando silencio, un lugar donde la soledad se estire para que no apriete; es lo mismo que hago yo cuando voy a leer a las iglesias.

Pero eventualmente las revistas también se fueron, se perdieron en las mudanzas que precedieron la ruptura. Para cuando mis padres se separaron definitivamente, no sobrevivía ninguna.

El día que perdí mi último diente de leche, nos fuimos a vivir a la casa de una de mis tías. Mi padre, Ange y yo. Ahí él continuaba encerrándose en el baño, pero ahora estaba solo con sus cigarrillos. Con el tiempo, las baldosas blancas que cubrían la pared comenzaron a ponerse amarillas, como sus manos. Yo no podía entrar ahí sin estornudar. Creo que nadie. Todos los recuerdos que tengo de esos días están envueltos en ese humo y en el olor del café.

Papá dejó de comer y durante un tiempo también se olvidó de que mi hermana y yo seguíamos comiendo o de que yo necesitaba

tener el uniforme limpio y peinarme para ir al colegio. Para solucionarlo, decidí que lo mejor sería cortarme el pelo, un poco más arriba de los hombros, porque así podría llevarlo siempre suelto. Otras veces, muchas, simplemente no iba al colegio. Mi padre me preguntaba por la mañana si quería ir o si prefería quedarme durmiendo en mi cama. La respuesta estaba fuera de discusión. Yo me pasaba la jornada viendo películas o leyendo, a veces haciendo manualidades y muchas veces escribiéndole cartas a mi padre para recordarle que era el mejor del mundo. Él se divertía leyéndolas y corrigiendo con un marcador rojo mis errores ortográficos. Mientras tanto, seguía tomando café, fumando y pasando mucho rato en silencio, pero casi siempre, en algún momento del día, me abrazaba, me daba un helado y nos acostábamos a ver un documental de la Segunda Guerra Mundial hasta que yo me quedaba dormida.

En esa época, cuando cumplí once años y comencé a leer con fervor, él ya se había retirado por completo de cualquier forma de lectura. Apenas sobrevivía la prensa, pero con dificultad. En todo caso, fue una pasión que realmente no compartimos. Siempre se mostró orgulloso de que yo hubiera elegido ese camino, pero no participó de manera activa y se mantuvo, si no al margen, a una distancia prudencial.

Lo que sí hacía, y con regularidad, era recordar. Insistía en que había descubierto la lectura muy pronto y muy bien impulsado por mi abuelo, hablaba de sus primeros libros, los cuentos de Hans Christian Andersen, y de su favorito, *Las travesuras de Naricita*, de su amor por las bibliotecas públicas de Bogotá, de las colecciones que le regaban en casa, desde Dickens hasta Conan Doyle, y de cómo se metía en problemas por leer en el aula cuando algún profesor de primaria lo importunaba con una clase aburrida. Mi abuelo, convocado en múltiples ocasiones por el mismo asunto, siempre lo defendía.

Mi padre hablaba de sus libros con nostalgia y con cariño, pero sin importar cuántos le regalamos, no volvió a leer una sola página durante sus últimos diez años de vida. Sin embargo, para mí siguió haciéndolo siempre y todavía hoy porque es su voz la

que escucho en mi cabeza cuando leo.

Cuando miro mis libros me pregunto qué tendría que pasarme a mí para dejar de leer, aunque lo que realmente quiero saber es por qué él dejó de hacerlo.

Todas las preguntas que hoy me parecen vitales llegan tarde. Mi memoria compone el recuerdo de Alvarito a través de un mosaico de pequeñas certezas mientras encripta detrás todo lo que no sé. Mi memoria ilumina su figura, pero esconde sus sombras, sus grietas, sus contrastes.

Busco respuestas en mis propios pensamientos. Escarbo en mis recuerdos, en mis miedos y mis tristezas, porque sé que soy, de alguna forma y de muchas, una extensión de su alma. Soy lo que queda de mi padre.

Qué fue lo que le hizo sentir el diagnóstico de su enfermedad. O el fracaso de su relación con mi madre. O la pérdida de la familia que había intentado construir, si es que sintió que la perdía. En qué pensaba cuando no podía dormir, cuando se desvelaba frente a un ventanal mirando la ciudad. Por qué dejó de conducir, de escalar montañas, de ir a la playa, de ir al cine, de salir a comer, de viajar. Quisiera saber cuándo y cómo y por qué decidió mi padre retirarse tan pronto de la vida, aunque insistiera en regalarnos flores a todos, día a día, hasta el final.

La primera vez que uno de mis tíos me dijo que mi padre había sido a veces muy pesimista, a veces muy depresivo, yo apenas pude disimular mi asombro. Sentía que hablábamos de personas distintas, porque yo no soy capaz de recordar ni una sola palabra suya que no fuera una caricia, una fiesta, una oda a la alegría. Era un rasgo que ahora añoro, pero que antes me desesperaba. «¿Cómo se puede ser tan positivo? ¿Cómo se puede ser tan cursi? ¿Cómo se puede ser tan feliz? ¿Cómo se puede ser tan romántico?» Lo increpé cientos de veces y nunca me contestó. Como única respuesta obtenía una sonrisa.

Hoy quisiera saber cuál era la raíz de esa desesperanza que solo tras su muerte he descubierto. Pero Javier Marías escribió que la infelicidad se inventa, y supongo que eso significa que la felicidad también. Puede que por eso, a pesar de su decepción, de

su frustración, de su tristeza o lo que haya sido, mi padre se esforzó por cultivar el otro lado de la vida y por sembrarlo en mí, en mi hermana, en nuestra familia. Quizás lo que nunca me dijo es que era bueno, romántico, cursi, alegre y optimista porque valía la pena que, por encima de todo, lo recordáramos así.

Aunque no tengo respuestas, su misterio se resume en una única pregunta: ¿cómo cabía en el mundo un corazón tan grande?

Lucila

«Reconocimiento»

Tú haces el silencio de las lilas que aletean
en mi tragedia del viento en el corazón.
Tú hiciste de mi vida un cuento para niños
en donde naufragios y muertes
son pretextos de ceremonias adorables.

ALEJANDRA PIZARNIK

La mañana en la que Lina me habló sobre su madre, atendí en silencio. Pasaron horas. Recorrimos su historia sin prisa. Me empapé hasta de sus alrededores. Al final del día casi podía imaginarla: sus gestos, su voz, su mirada, ese último suspiro. Fue también cuando entendí que era a ella a quien a veces sentía merodeando por mi espalda.

Para entonces Lucila se había ido hacía cinco años. Sin embargo, su energía seguía rondando por algunos espacios de la casa, quizás porque la recordaban demasiado. Sucedía especialmente en el estudio de Lina, donde descansaban las cenizas de su madre, la abuela de la que J. hablaba poco.

Desde ese día, y puede que incluso desde antes, Lina, su despacho y sus historias se convirtieron en mi lugar seguro, mi caja

de resonancia. Allí, en el consuelo de los iguales, aprendí a resguardarme de mis miedos más profundos: «La vida sigue», «La memoria no traiciona», «Donde hay amor no hay miedo».

Y quizás sea un daño colateral de la soledad, del vacío, del abismo, es posible, pero no fueron pocas las veces que, en el estudio de Lina, Lucila me abrazó.

Lucila, su vida, su muerte, su historia contada a través de quienes la amaron. Su recuerdo me abrazaba y era tan real que yo solo podía creer. Lucila, en alguna parte, acompañándonos. Tan real como la voz que pronuncia su nombre. Tan real como entrar al estudio de Lina y dar los buenos días a las dos. Lucila existe, nos conocemos y nos conocimos a través del mismo dolor, del mismo amor que arde y despierta.

Lucila fue lo más importante porque a través de ella logré dar el primer paso: la reconciliación con el cuerpo es dura, dolorosa, lenta, pero es necesaria.

El cuerpo: cable a tierra, muro de contención. Pero al otro lado, la existencia; y arriba, abajo, a través. «Entonces no tengas miedo», me decía Lucila cada vez que miraba sus fotos, cada vez que temía a la muerte.

Ella, Lucila, representaba no solo lo que no era sino lo que no sería. Y, sin embargo, se empeñaba con terquedad en ser, en estar; como un verbo desconocido, como solo la memoria sabe. O la esperanza.

Lucila reverbera en la habitación con un latido propio. Porque a pesar de esa gran fragmentación que es la muerte, nuestro instinto más vital es el de la recomposición. Y una vez más la vida insiste: la muerte no es el final, el final es el olvido.

A dónde van las plegarias

«Dame la mano», le pido mientras recuesto mi cabeza en su espalda. Siento su respiración vacilante, el laborioso movimiento de su pecho cansado. Toma aire y comienza a hablar como todas las noches desde que tengo memoria. Su voz, esplendorosa, vibrante, pero siempre circunspecta, parece retumbar en las entrañas del mundo y, entonces, por un momento, todos los dioses existen.

Sin embargo, un manto taciturno cubre la noche y le empapa a Alvarito la voz de melancolía. Las turbinas del avión en el que viajaré mañana ya nos aturden, como un presagio, y ambos sabemos que esta oración será la última:

—Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en tentación y líbranos de todo mal porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria por siempre y para siempre. Amén. Señor, gracias por todas las cosas buenas del día de hoy y gracias por todo el cúmulo de cosas buenas y perfectas que tienes en el día de mañana para todos nosotros, tus hijos. Te pido, Padre, que, aprovechando nuestros sueños, nos hables, nos enseñes, nos guíes, nos orientes y hagas que al despertar recordemos todo lo que nos has dicho y que lo sepamos interpretar sabiamente. Haz, Padre, que despertemos llenos de fe en ti, de fe en nosotros, de fe en la humanidad, recibiendo y manifestando todos tus dones y virtudes. Señor, en el nombre de tu divina presencia, yo soy en mí, en el nombre de mi Señor, Jesús, y en el nombre del Espíritu Santo. Yo quiero y te pido, Padre, que con tu infinito poder, con tu infinita sabiduría, con tu infinita

misericordia, transmutes ya, aquí y ahora, en perfecta salud, belleza y simetría, cualquier falla energética de mi cuerpo, cualquier enfermedad preexistente, existente, subyacente que me esté afectando. Yo quiero y te pido, Señor, que elimines de mi cuerpo cualquier tumor cancerígeno, cualquier célula cancerígena. Yo quiero y te pido, Padre, que mis pulmones se regeneren, que oxigenen bien, que respiren bien. Quiero, Señor, que en esta etapa que emprende Gabriela estés siempre a su lado, que estés en sus caminos, que la alertes, la protejas de cualquier persona o entidad que se acerque a ella con malas intenciones. Haz, Padre, que nada las desuna como hermanas a ella y a Angélica. Si eso sucede, está triunfando el mal, y eso no es posible. Recuérdales, cuando debas hacerlo, que se tienen solo entre ellas, y a mí circunstancialmente. Mi vida está en tus manos, y cuando llegue mi momento, Señor, dales fortaleza, dales presencia de ánimo para continuar adelante. Recuerda, Padre, que tú eres infinitamente misericordioso: no nos dejes, no te apartes de nosotros. Regálanos cosas buenas, cosas bonitas, cosas productivas, Señor. Gracias, Padre, por el día que se fue y la noche que llega. Y el descanso que llega. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Amén.

Grandes esperanzas

> La esperanza le pertenece a la vida,
> es la vida misma defendiéndose.
>
> JULIO CORTÁZAR

Las mujeres, y más las madres, tienen una cualidad como de engranaje: una capacidad maravillosa de unir a quienes las rodean. Y así era Lucila también, la pieza que lo articulaba todo, porque si algo tuvieron en común sus hijos es que la amaron, aunque, por supuesto, existan diferentes formas de amar. Y ella, que era mujer de placeres sencillos, no quería mucho más que ver a sus muchachos juntos, a sus nietos y también a él, a Roberto.

A Lucila le gustaba su rutina, le gustaban sus novelas de la tarde y también los boleros de Alfredo Sadel. Si creía en algo era en Dios, en sus Santos. Por eso a sus hijos nunca les faltó un escapulario, tampoco salieron de su casa sin que ella les echara la bendición. Amén. Y aunque no fue especialmente consentidora, disfrutaba cocinar para aquellos que quería. Ellos todavía guardan su sazón en la memoria. Y es normal, los sentidos siempre conservan dentro a las personas que hemos amado.

Los recuerdos que Lucila guardaba como secretos eran ásperos, porque su vida no fue sencilla. Mucho amor, mucho dolor, mucha pérdida. Pero la adultez y la muerte, por defecto, la encontraron tranquila. O cansada. ¿Cómo saberlo? Lo cierto es que, antes de morir, Lucila se quedó dormida.

El tiempo la deterioró como los médicos advirtieron. Primero las palabras, luego la memoria. Los brazos y las piernas vinieron después. El cáncer drenó la fuerza de su cuerpo hasta dejarla exhausta, tendida en cama. Sus hijos tenían que vivir con ese vacío y ella también. La casa que siempre estuvo llena de su voz, de su música, de sus manías, de repente se quedó en silencio.

Sin embargo, todos coinciden en que la enfermedad no logró quitarle su sonrisa, o por lo menos no del todo, y su simpatía tampoco. Si un día amanecía repartiendo hostilidades, sus hijos se repetían una y otra vez: «No es ella quien habla, es el tumor». Ese es el mantra que los doctores nos enseñan a quienes tenemos un familiar con cáncer y, especialmente, con cáncer cerebral.

El último día que Lucila habló fue amable con todos, los miró con el mismo amor de toda una vida y antes de dormir se santiguó. Eso es lo que sus hijos recuerdan. También se acuerdan de que ese día Lorena no llamó. Pero a la mañana siguiente, cuando todos despertaron, Lucila no despertó. Tampoco se había ido: respiraba. Su hijo Enrique me dijo que así pasó sus últimos seis meses.

¿Con qué soñaría, Lucila? ¿Qué la mantuvo viva todo ese tiempo? ¿Qué estaba esperando? Esperar, del latín *sperare*, que compone etimológicamente la palabra esperanza.

¿Qué esperanzas le hacían cosquillas a Lucila en el corazón? Nadie podía saberlo, sin embargo, una de sus hijas lo sospechaba. Lina siempre tuvo una intuición admirable.

Ellos no saben si su madre todavía podía escucharlos, no saben si, aun inmersa en aquel letargo, estaba consciente. Pero a pesar de esos seis meses de inmovilidad y silencio absoluto, ahí donde el cuerpo se quebraba, el alma se sublevaba y se resistía a la muerte.

¿Por qué? ¿Qué es lo que nos ata con tanta fuerza a este plano? ¿Cómo, a pesar del cansancio, del desgaste, de la enfermedad, puede un alma empecinarse en seguir viviendo?

Quizás porque ya era madre o quizás, sencillamente, porque era mujer, pero Lina lo presintió. Mamá esperaba a Lorena, a los dos carajitos, a sus muchachos reunidos otra vez en la casa, al viejo inmundo de Roberto haciendo de buen hombre, atendiéndolos a

todos como el anfitrión que nunca fue. La paz de Lucila era su sangre, su familia. Y es que, al final del camino, todos queremos sentir que construimos algo.

Esa mañana, Lina se despertó con un nudo en la garganta. Su corazón latía con fuerza, como advirtiendo que se agotaba el tiempo. Se libró de los quehaceres rápidamente porque quería estar con Lucila y, cuando por fin entró a su cuarto, Vilma ya estaba ahí, sentada al borde de la cama. Lina se acomodó al lado de su hermana y, apenas vio el rostro de su madre, una certeza acudió impávida a su encuentro: este era el último día.

—Ella ya no era ella, parecía otra —recuerda, porque ver los restos de una persona que hemos amado es una cicatriz en la memoria.

Tomó sus manos, que estaban frías. La contempló dormir: arropada hasta el cuello, escondiendo su piel de seda desgarrada por el cáncer, su cuerpo que, mucho antes, ya se había ido. No pudo contener las lágrimas, el cansancio, el miedo, la rabia. Y entonces pasó lo impensable: su madre abrió los ojos.

El tiempo pareció detenerse.

Lucila volteó lentamente su rostro hasta encontrar a sus muchachas. Lina supo que era el momento y supo también lo que tenía que hacer.

—Menos mal que te despiertas —le dijo—, están todos abajo: Lorena, los niñitos, Enrique, tus nietos... todo el mundo. ¡Y Roberto se está volviendo loco atendiéndolos! Te están esperando. Yo voy a salir un momento, pero vuelvo para vestirte, maquillarte y que bajemos. ¡No te vayas a levantar sin mí! ¡Me esperas! —Se acercó al rostro de Lucila, que la observaba con sus ojos de ciervo, la besó detenidamente en la mejilla y escuchó a su madre suspirar largo y tendido.

Salió de la habitación sin decir palabra.

A los familiares más cercanos de pacientes con enfermedades terminales nos advierten mucho sobre este momento. Los últimos minutos: cuando la vida brota por todos los poros, en un esfuerzo sobrenatural por habitarlos antes de abandonar el cuerpo, definitivamente, en un último suspiro.

Lina bajó las escaleras y buscó a Enrique, que estaba sentado en la cocina. Vio el calendario, era 15 de agosto. Entonces se fue en un llanto que pareció interminable. Su hermano la observó atónito y también lo supo. El tiempo, que se había detenido cuando Lucila abrió los ojos, siguió su curso de golpe, tirándolos a todos por el suelo. Los pasos de Vilma se acercaron, luego sus manos en la espalda, luego su voz:

—Li, mamá murió.

IB6673

Déjà vu. Todo sucede deprisa. Camino sobre mis pasos, como retrocediendo una cinta. La puerta de casa se abre y salgo con la maleta. Bajo por el ascensor. Subo al taxi. Observo la carretera que me conduce al aeropuerto. Una vez allí, espero para hacer el *check-in*. La operadora de Iberia me entrega un pasaje para volver a cruzar el océano, solo que esta vez en la dirección contraria: el destino es Venezuela.

Veo los datos del pasaje: es 11 de febrero. Ni siquiera ha pasado un mes. Me dirijo a la aduana para embarcarme en un vuelo sin retorno, porque nadie es el mismo después de la muerte.

La desesperanza es el final del camino.

Un reloj retumba en mi cabeza como una sentencia.

Agoniza, se está muriendo, y sin embargo me espera. Don Álvaro me espera para darme la bendición por última vez porque es un hombre de palabra y me dio la suya aquella tarde. Le hice prometerlo. «Papá, prométeme que, si algo pasa, si algo sale mal... Prométeme que, pase lo que pase, te vas a despedir de mí.»

Y me dijo que sí.

Nunca he sido una persona de certezas, pero si algo sé es que nací para ser su hija. Siempre nos pertenecimos. Mi papá y yo siempre fuimos como un par de fichas que solo se tienen la una a la otra para darle sentido a su existencia. Y si, por azar o por destino, una de las dos ya no estuviera, ¿cómo podría la otra sobreponerse a tal pérdida?

Alvarito Consuegra fue siempre mi único espejo: crecí mirándome a través de sus ojos, que entendían lo que yo no y tenían todas las respuestas. Pero ya no. Nada es permanente, nada está completo. Y no creo que alguien pueda explicarme por qué debo enfrentarme a este momento. Quizás por eso mi papá lo

retrasó tanto.

Tengo pensamientos desordenados, como un álbum de fotos cuyas páginas pasan a toda velocidad. Los recuerdos me encandilan. Las risas me duelen. Lloro los abrazos y los besos de buenas noches, las discusiones, las conversaciones largas, las confesiones, las veces que me cantaste cumpleaños, cuando me tocabas la guitarra. Lloro todo lo que me diste y lo que te di yo, lloro lo que no te di, pero, sobre todo, lloro lo que no te daré. Nueve horas no son suficientes.

Cuando por fin desembarco, me siento desorientada. Hay un aire de ficción en todo lo que me rodea, en la prisa de la gente, en su entusiasmo, en su despreocupación. La vida me aturde, su ritmo, su impertinencia. Siento el peso insoportable de ser solo una pieza pequeña en un mundo gigante e indiferente. Una pieza pequeña que pronto se quedará sola.

Busco un rostro conocido entre una marea de caras. Lo encuentro. No hay espacio para saludos ni para reencuentros, solo le pido que me lleve con mi papá. Atravesamos Caracas a toda velocidad. De camino a la clínica, la muerte me respira en la nuca, lo sé, lo siento: cuando llegue a verlo, ella llegará conmigo.

Así que corro con desespero. Subo las escaleras a toda velocidad. Piso 4, habitación 403. No dejo que nada se interponga, ni el cansancio ni el desvelo ni la tristeza ni el miedo.

Cuando entro a ese cuarto silencioso casi no me queda aire. Él está acostado, dormido, una máquina lo obliga a respirar. Me pongo de pie a su lado, lo despierto. Abre los ojos suavemente. Tomo su mano y entonces voltea hacia mí. Se sobresalta cuando me encuentra. Nos miramos y el amor es absoluto, atemporal, no entiende de muerte ni de despedidas, es incondicional y arde.

—Estoy aquí. Estoy contigo —alcanzo a decir con una voz que se quiebra.

Él me mira, entre el asombro y el llanto, y me devuelve una sonrisa dulce y rota que me atraviesa.

Las palabras no hacen falta, nos miramos como nunca se han mirado dos personas en el mundo. Como nunca se volverán a mirar. El momento nos consume. La gratitud de habernos elegido,

de habernos encontrado, de ser los mejores amigos. La certeza de que mientras estuvimos juntos jamás estuvimos solos. El asombro de ser felices por un instante, porque existimos. Y, al final, el dolor de dejarnos ir, de saber que «aunque el amor nos une, nos separa la vida».

Después de un rato, pide ayuda y se incorpora, se quita la máquina y me pide un chocolate. Se lo come tranquilo, lo disfruta, en un último acto de pura voluntad, de dignidad, de rebeldía ante las arbitrariedades del destino. Luego vuelve a acostarse y nos habla bajito, a mí y a una habitación repleta, porque mi papá amó a los suyos y fue amado por ellos. Se despide de todos, con valentía. Su cariño y su bondad, por un segundo, parecen envolver al mundo entero.

Los doctores lo observan, observan cómo la ciencia se vuelve pequeña al lado de un hombre.

Los esquemas se rompen.

—Pónganle música —nos dice su doctora—. ¿Te sientes bien, Álvaro? —le pregunta. Él responde que sí—. ¿Te sientes feliz?

—Ahora no puedo sentirme feliz, pero sí me siento agradecido.

—¿Tienes miedo?

—No, doctora. Estoy listo —dice con serenidad.

Ella asiente, le sonríe y lo invita a descansar.

Mi papá me mira una última vez antes de quedarse dormido.

—Niña bonita, te amo mucho. Cree en Dios, búscalo, confía en él. Gracias por todo lo que me diste, gracias por todo lo que hiciste por mí. Dios te bendiga, Gabita.

Alvarito

El día siguiente es el más duro. El día siguiente que no se acaba y amenaza con alargarse para siempre. Sé que cuando abra los ojos veré por primera vez un mundo en el que tú ya no estás.

Por favor, no me despierten. La realidad acecha para acabar con esta estúpida esperanza de que todo haya sido un mal sueño.

Escucho voces, escucho pasos, pero tu andar pausado ya no lo encuentro, tampoco tu voz de cantar canciones tristes. Doy vueltas en la cama en la que ayer dormías tú, siento tu olor, que todavía permanece conmigo. En la mesa de noche encuentro tus lentes, tu perfume y tu celular que, de repente, parecen estar rotos; han perdido su significado, aquí, donde ya no existes.

Cuando me levanto me quedo sentada en el borde de la cama, como tú lo hacías. Llevo puesta tu camisa y tu *short* de dormir. Uno de tus gorros cubre mi cabeza. Me siento un poco como una intrusa, tratando de ocupar tus espacios, de ocultar este desierto. Pero es inútil. Retumbas. Ahí, en tus zapatos vacíos, en tu puesto en el comedor, en el pasillo de casa, en la ventana, en tu *laptop*, en la música que ponías por la mañana.

Tomo fuerzas para arreglarme. Decido ponerme lo último que me regalaste. Sencilla, como siempre me decías. Un vestido, botas bajas, zarcillos pequeños. Menos es más. Noto que ya no puedo preguntarte qué tal me veo. Otra de tus pequeñas ausencias. Cuando me miro en el espejo no encuentro nada. Tampoco me importa.

El carro espera abajo para llevarme contigo por última vez. Aunque sé bien que es todo un consuelo, tú ya no estás. Los funerales no son para los muertos, son para nosotros, que todavía no podemos dejar ir, que necesitamos cinco minutos más, otra oportunidad, un último te quiero, te amo, gracias, perdón, adiós.

Salgo de casa sin pedirte la bendición, las pequeñas cosas, y el mundo me golpea con toda tu ausencia. Me abate un peso insoportable, porque los vacíos están llenos de tantas cosas... Entiendo que no: no te abracé lo suficiente, no me despedí lo suficiente, no te sonreí lo suficiente, no tomé tus manos lo suficiente, no te hice reír lo suficiente, no te escuché lo suficiente, no te observé lo suficiente.

Lo suficiente no existe: la muerte es naufragar.

En el camino al cementerio pienso en ti. Trato de convencerme de que esto está sucediendo de verdad. Te vimos regresar tantas veces, pero no esta vez. Te quedaste dormido y no abriste los ojos de nuevo. Dejaste de respirar con un suspiro. Me acerqué a ti y te vi apagarte. Luego de un rato, observando tu pecho inerte, retiré ese tubito de tu nariz, ese que tanto te molestaba y que sé cuánto deseabas quitarte. Ya no necesitabas permanecer conectado a esa máquina de oxígeno y se sintió como un alivio alejarla de ti para siempre.

Después, el silencio definitivo.

Después es darse cuenta. Después no está tu mirada, ni tu voz, ni el calor de tus manos. Después no te levantas de la cama, no caminas, no te sientas, no te mueves más. Después no hay canciones ni besos ni bailar sobre tus pies ni tocar guitarra ni preguntarte algo. Después no queda nada. Después es darse cuenta de que solo ha pasado un minuto y queda una vida.

Pienso en ese rostro que ya no era el tuyo, en esas facciones de absoluta ausencia, en ese color pálido que cubrió en pocos minutos toda tu piel. ¿Cómo es posible?

De repente, tenemos que aceptar que nos entreguen una vida convertida en cenizas, tenemos que hacernos a la idea de que sesenta y dos años caben en una pequeña caja de madera.

Llego por fin al cementerio. Bajo del carro y miro al cielo, los árboles, las flores, siento la brisa y el calor del sol en mi cara. El mundo se impone ante mí. Todo se ve más hermoso. La vida parece volverse más bella una vez que ha quedado descubierta nuestra pesarosa mortalidad.

Afuera de la capilla esperan pocas personas. Sé que así lo

querías. Me piden que reconozca tu cuerpo antes de dar inicio a la misa. Acercan a mí un féretro que me estremece, pero cuando el féretro se abre solo encuentro carne. Tú, que siempre fuiste alma, ya no estás, te has ido. No hay nada que reconocer.

Me siento y comienza la misa. A lo lejos escucho cantos y luego la voz de un cura. Pero yo me voy a otra parte, atravieso el túnel de tu recuerdo para llorar esta despedida. Lloro lo que te llevaste y lloro lo que me quedó. Tengo tu nombre atravesado en la garganta. Alvarito luz, Alvarito olor a café, a tinta y tierra mojada, Alvarito melodías, Alvarito lluvia y llovizna, Alvarito atardecer, Alvarito colores y risas, Alvarito acariciar a un animal dormido, Alvarito historias.

Alvarito del verbo amar. Y amar del verbo ser.

El amor después del amor

La conciencia del final llega tardía, como el dolor de un miembro fantasma que no se marcha con la amputación y, al contrario, queda para siempre. La memoria también es una enfermedad crónica.

No sé escribir sin escribirte. No sé escuchar sin escucharte. No sé mirar sin encontrarte. Y quizás por eso algunas noches sigo bailando contigo, leyendo contigo, brindando contigo e, insospechadamente, una que otra vez me he descubierto rezando tus plegarias. Has llenado mi vida de ecos profundos, irremediables.

Siempre me lo advertiste: «No se muere quien se va, se muere quien se olvida».

J. me dijo una vez que el alma es ese circuito complejo y casi interminable de neuronas que habitan el cerebro humano. Son esos millones de impulsos eléctricos los que crean nuestra percepción, nuestros sentidos, nuestra manera de ser y desenvolvernos, nuestros recuerdos. Somos una chispita.

Pocas horas antes de tu muerte, cuando yacías dormido, tomé tus manos frías y observé tus venas prominentes. Toda esta sangre que corre ahora, galopante, de repente dejará de fluir, pensé, el cuerpo humano es una estafa. Luego llegan los médicos, como plomeros, a certificar. Pupilas dilatadas, pecho inerte, asistolia.

Hora de la muerte: 12:00 p.m. Causa básica: CA de pulmón con MT cerebral.

Causa precedente: exacerbación respiratoria por EPOC. Causa inmediata: cansancio.

Y, mientras tanto, esas neuronas que le daban vida a un universo se degradan, mueren. Con esas neuronas se fundieron Alvarito, su niñez, sus padres, sus novias, sus perros, su primer

trabajo, el nacimiento de sus dos hijas, la comida que le gustaba, sus miedos, sus amores, las canciones con las que bailó, su vaso de whisky con agua y hielo, los paisajes que vio, las cartas que escribió, sus chistes malos, sus consejos, la voz más bonita del mundo, sus manos ágiles con la guitarra, sus secretos, sus historias y las palabras que no dijo.

Adiós, Alvarito.

Entonces uno se marcha, con rabia, con resentimiento y con el único consuelo posible: «Descansó», que en realidad ya es bastante. El cuerpo se manifiesta como lo que es: una cáscara. La mortalidad irrumpe, es un efecto colateral de vivir que pasamos por alto durante mucho tiempo. Es inevitable pensar por un momento en la propia muerte, reparar en esta inevitable decadencia silenciosa que nos arrincona. La nada. Ojalá yo sea tan valiente.

Después sobrevienen la ansiedad, la incertidumbre, el agotamiento, el sinsentido. El pitido en los oídos. Quedar aturdido porque la vida pega y pega bien.

Todo se repite. A veces parece que el tiempo no hace sino dar vueltas. Recuerdo aquel día, hace mucho, cuando vi por primera vez a mi papá llorando a la abuela que no conocí. Catalina murió un 19 de diciembre y entonces él tenía dieciséis años. La vida continuó, implacable, como hace siempre y, sin embargo, treinta, cuarenta o cincuenta años más tarde, a mi papá todavía le brotaban las lágrimas cuando escuchaba las canciones que le gustaban a su mamá. «Yo todavía, a veces, levanto el teléfono y digo: voy a llamar a mi papá», me dijo en otra ocasión. «Hay ausencias para las que no alcanza una vida.»

Quizás por eso la despedida de mi papá fue tan larga, porque sabía cómo duele, porque cargaba con la ausencia de sus padres, algo que yo ni siquiera podía llegar a imaginarme, aunque traté de prepararme en incontables ocasiones para hacerlo. Recordé a su médico: «Cada día que te despiertes con él es un milagro». Lo entendí entonces. Vivimos muchos días prestados.

Después comienzan otros procesos, otras búsquedas. La memoria hace su trabajo, selecciona pequeñas cosas, piezas de un rompecabezas. Me queda tu bigote, casi milenario, a veces

empapado de whisky y otras de cerveza, tu olor a Lacoste Essential, tu manera de peinarte, cual soldadito, tus lentes, tu sonrisa grande y ese espacio entre tus dientes delanteros que no te gustaba. Me quedan tus camisas blancas, tus *blue jeans*, tus zapatos Reebok, una guitarra, tu dedo índice que siempre señalaba el futuro. Me queda tu imagen atravesando un atardecer morado en bicicleta. Me queda una canción de Carlos Vives y otra de Pablo Milanés, «My Way», «When I Fall in Love», «Unforgettable», bailar sobre tus pies y dar muchas vueltas. Me quedan las empanadas de pollo, los caramelos y los helados que me comprabas al salir del colegio. Me queda nuestra complicidad infantil: «¿Estás pensando lo mismo que yo, Bananín?». «Sí, Bananón.» Me queda tu voz: «Gabita, dame un abrazo», tu amor por los animales. Me queda tu silueta sentada en el balcón contemplando la noche: «Mira todos estos edificios, todos llenos de gente, llenos de vidas. Somos como una gran colmena», me decías. Y ahí, un último recuerdo: reencuentro y despedida; nos sonreímos con gratitud y con amor, tomé tu cara entre mis manos, juntamos nuestras narices y jugamos con ellas una última vez, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha. Se repite tantas veces en mi mente que ya no sé si fue real.

De alguna manera, aunque tus neuronas ya no existen, tú renaces en las mías; la ciencia nos permite esa reencarnación. Y así la muerte se vuelve una mudanza. El amor es un hotel de lujo: un buen lugar para desaparecer y permanecer.

Absolución

Es difícil celebrar la vida cuando la muerte se siente todavía tan cerca, pero dos meses después el tiempo sigue sin detenerse, así que no tengo otra opción más que levantarme de la cama. El cuerpo me pesa, papá, porque es la primera vez que despierto un 21 de abril sin tus abrazos, sin tu voz recordándome un año más que estas son las mañanitas que cantaba el Rey David.

Hoy me siento radicalmente sola.

Me ducho, me visto y salgo a la universidad. En el camino, como siempre, te recuerdo. Miro por la ventana del tren mientras escucho la «Barcarolle», tu canción, y sigo buscándote, sigo tratando de acercarme a ti a través de esos pequeños gestos que a veces me reconfortan. Pero hoy no. El vacío sigue ardiendo y siento que jamás voy a aprender a vivir en paz con esta enfermedad en la que se ha convertido para mí la nostalgia. Con cada minuto que pasa, la presión en mi pecho aumenta y comienzo a darme cuenta de que soy una bomba de tiempo. Mi cabeza está llena de minas y no tengo fuerzas para saltar de un lado a otro, esquivándolas. Cuando entro a la facultad, tengo que hacer un esfuerzo grande para no irme en llanto. Respiro profundo, camino con determinación y voy a mi clase porque me enseñaste a ser así, inquebrantable, y aunque no logro concentrarme sé que a veces con aparentar es suficiente.

El tiempo transcurre lento y, después de un rato, la tristeza termina por generarme una especie de claustrofobia emocional. Salgo al baño y me encierro, me lavo la cara con agua helada. Cuando termino, estoy lista para asistir a una última clase. Después, mi recompensa será tomar un paseo largo. Durante la última hora me dedico a dibujar tu rostro porque lo único peor que vivir con tu ausencia sería olvidarte. Esta vez estoy tan abstraída

que cuando levanto la mirada todos han comenzado a recoger sus cosas. Salgo rápido, sin despedirme, y me voy lejos, a caminar.

No sé qué tiene esta ciudad, pero me reconforta. La primera vez que vine, hace muchos años, te llamé y te dije que un día iba a vivir aquí. Aunque no fue como me lo imaginaba, está pasando. Estoy aquí y sé muy dentro de mí que, a pesar de todo, no es casualidad: Santiago de Compostela es un lugar para sanar, y quiero creer que con cada paso que doy estoy sanando. Supongo que yo, como tantos otros que visitan esta ciudad, he venido a peregrinar.

Ven, papá, acompáñame a mi lugar favorito: ese banquito en La Alameda en el que tantos días he ido a pensar en ti. Veamos juntos la catedral mientras nos tomamos un vino barato. Quiero reírme contigo otra vez. Aunque esta vez «contigo» signifique solo «para ti».

Va a atardecer cuando termino la botella, así que me voy a la plaza del Obradoiro porque es el lugar en el que más disfruto ver el sol caer. Me acuesto en el suelo y espero a que poco a poco el cielo cambie de color. Cuando vuelvo a ponerme de pie y veo esa imponente basílica frente a mí, siento que está más linda que nunca. Algo me impulsa a entrar, quizás seas tú, y, para mi sorpresa, llego en mitad de una misa especial: el 21 de abril se celebra la consagración solemne de esta catedral. Por fin, después de un día largo, me permito llorar en paz.

La fe es un sentimiento raro, que no termino de entender, pero que siempre, sin excepción, logra conmoverme. Cuando termina la misa, me siento en silencio. Todos a mi alrededor se van, pero yo tengo la extraña sensación de estar atrapada. No puedo moverme.

Últimamente me pasa con frecuencia: de repente parece que pierdo la autonomía sobre mi cuerpo; tal vez lo que pierdo es mi voluntad.

Antes de irte, me pediste que buscara a Dios. Y aquí estoy, papá, tratando; como si mi vida dependiera de eso, porque quizás

dependa. Pero Dios no parece estar por ninguna parte. Y lo necesito, no te imaginas cuánto, aunque sea tan solo para reclamarle a gritos su injusticia, para poder molestarme y culpar a alguien, por fin, de tu ausencia. Tengo tantas ganas de enfrentarme a Dios, de decirle que todo esto es su culpa, tantas ganas de pedirle una explicación... Pero incluso el placer culposo de pelear se fue contigo.

Me desconcentra una mirada. Desde algún lugar alguien me observa. Hago una corta panorámica y lo encuentro: es un padre. Un padre me mira y sonríe. Yo le devuelvo la cortesía mientras tomo mis cosas y me preparo para huir, pero el padre ya camina hacia mí y, por desgracia, el peso de todos los convencionalismos sociales con los que me educaste no me permite marcharme sin más, así que lo espero. Cuando llega, se sienta a mi lado, pero nada más: no habla, respeta mi silencio y así continuamos por un rato, sin mirarnos.

Entonces algo pasa y siento las palabras amontonándose en mi garganta, reclamando hacer daño en defensa propia.

—Dígame, padre: ¿es pecado estar molesta con Dios? ¿Es pecado culparlo cada vez que escucho crujir mi alma? ¿Es pecado venir a su casa con la esperanza de que me vea para que pueda sentir aunque sea una parte de mi dolor? ¿Es pecado odiarlo por su indiferencia? ¿Es pecado no creer en él porque mi padre sí creyó e igual lo dejó morir de cáncer? ¿Es pecado, padre? Por favor, respóndame.

Su respuesta, inesperada, es tomar mis manos.

Hablamos. Lo confronto con insolencia, pero mientras más juzgo su fe, él parece más y más conmovido. Mi desconocimiento, me dice, lo enternece. También me dice que me entiende. Y, por último, que Dios me entiende también.

De nuestra conversación me quedo con una advertencia:

—El dolor, hija, es un mar por el que, inevitablemente, todos los hombres debemos transitar. Sin embargo, no debemos permanecer ahí mucho tiempo. Si nos dejamos arrullar por el oleaje del mar, un día nos despertaremos en mitad de un océano profundo en el que muchas vidas se han perdido, en el que muchas

vidas han ido a naufragar. No te pierdas en la tristeza, encuentra el faro, hija, encuentra el faro.

También me quedo con un consejo:

—Si hoy no puedes creer en Dios, cree en el amor. El amor siempre se regenera y nos regenera con él. Cree en el amor, porque solo el amor puede salvarnos. Y al final, a Dios no le importa que creas en él: a Dios solo le importa que creas.

Me quedo con una confesión:

—Tengo noventa y un años, he vivido una larga vida de entrega al servicio del Señor. Hace dos meses me diagnosticaron cáncer de próstata. Y aquí estoy hoy, hablándote del amor de nuestro Dios Todopoderoso, profesando su eterna misericordia. Mi fe es inquebrantable, hija, porque donde hay amor, no hay miedo.

Por último, me quedo con una promesa:

—Le diré a tu padre cuánto lo has amado cuando nos encontremos en el Reino del Señor. Y un día se lo dirás tú también: unos viajamos antes, otros después, pero todos nos volvemos a encontrar.

Antes de despedirnos, cuando recojo de nuevo mis cosas para marcharme, el padre José toma mi mano.

—¿Te puedo hacer un regalo de cumpleaños, hija? Es un regalo especial, el más especial que podemos dar en la iglesia.

Mi respuesta ante su petición es tomar asiento nuevamente. Entonces toma mis manos y sentencia:

—Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo por la muerte y la resurrección de su Hijo y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados, te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz. Y yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Ciclos

Aquel 31 de diciembre llegó y con él la introspección, las reflexiones, los balances. Después de sentir durante meses el cosquilleo de su mirada en mi espalda, era hora de voltear y darle la cara a los vacíos.

No era necesario sacar muchas cuentas: saldo negativo. Los ecos hacían vibrar cada espacio de la casa que, casi un año después, aún no sentía mía. Las fotos ya no inmortalizaban recuerdos sino ausencias. La cotidianidad se había llenado de espejismos.

Así era la vida al otro lado. Una sentencia lapidaria: solo ida.

¿Cómo ser el mismo después de la muerte? La respuesta es simple: no se puede; el viaje es unidireccional. Nunca regresamos, el pasado está prohibido. El pasado es nuestro verdadero escatón. Telos, fin último de la vida y de la consciencia, nuestro único y verdadero horizonte. Y cada día he descubierto otra forma de recordarlo. A veces un nombre, a veces una calle. Un paisaje. El rostro de un desconocido. La palabra dicha en un acento extraño. Una casa en silencio. El teléfono que no suena. Cocinar para uno. Lo que se echa de menos es lo que ayer parecía imperceptible. ¿De cuántas maneras se puede morir un hombre?

La mente vacila entre espacios y tiempos que transcurren paralelamente. Todo se vuelve borroso, como la foto de la foto de una foto, y entonces cada vez es más difícil saber. Esa es la pequeña muerte de cada día: amanecer destemplado. La vida que no fue. Recuerdo a Lomelí: «“¿Olvida usted algo?” “¡Ojalá!”». Nos separa un cristal imaginario. Los espacios siguen tibios, todavía rondan voces conocidas. Rondan sonrisas y últimos abrazos. Ronda lo que me quedó pendiente. Y se siente como quedarse con la palabra en la boca, en mitad de una oración, con el pasaje de ida.

La despedida lo inunda todo. Cada día es otro adiós. Recordar a veces también es dar por perdido, saberte perdido. Recordar, quizás, es otra forma de olvido.

Muchas mañanas, cuando despierto, todavía siento que estoy en mi antigua casa, en mi antiguo cuarto. Puedo orientarme sin dificultad por un momento. Casi me convenzo de que estás a unos pasos, dormido. Y entonces el estómago me pesa, el corazón se acelera, cierro los ojos con fuerza y la vida me da vueltas. La distancia me marea. Abro los ojos a nueve mil kilómetros de mi hogar. A diez meses desde la última vez que te vi, que te escuché, que toqué tus manos. ¿Ha pasado casi un año?

Este debe de ser el limbo de los tiempos.

Aunque a veces no se note, siguen pasando cosas. El cambio es una brisa suave pero constante. Las piezas rotas comienzan a moverse, a reubicarse, y sin saber exactamente cómo hemos seguido viviendo, hemos sobrevivido a la muerte.

Mi hermana y yo estamos de nuevo juntas. Mi perro también está conmigo. J. se graduó de médico cirujano. Nació la coneja. Vivo sola. Volví a la universidad. Hablé con mi madrina. Mi mejor amiga se casó. Murió Fidel Castro. Alex abrió una tienda. Trump ganó la presidencia de los Estados Unidos. Lucila cumplió seis años de viaje. Sobrevivimos a tu primer cumpleaños ausente y leí *Matar un ruiseñor*.

Así es como va esto.

Tradiciones del fin de año: 12. Mi primera uva es para desear que estés bien. 11. Mi hermana, por permanecer unidas. 10. Por J. y su familia, que también es un poquito mía; por su compañía. Un bucle. Vuelvo al primer deseo. ¿Estás bien? ¿A dónde van los hombres buenos?

Hace unos meses, en su primera visita, mi madre nos trajo a mi hermana y a mí una parte de lo que quedaba de él y del hombre que había sido antes de nosotras.

Sus notas del colegio, su carnet de la Cruz Roja, varios pasaportes, algunas cartas que le había escrito mi abuelo, una caricatura que le hicieron en su restaurante favorito, las tarjetas del día del padre y de cumpleaños, facturas antiguas y una receta

para hacer yogur, nuestras cartas a Santa pidiendo regalos, nuestras calificaciones y los carnets del colegio, los diplomas que nos imprimía en papeles bonitos alabando nuestra vida, nuestra inteligencia y nuestra personalidad («Honor a quien honor merece»), las cartas que nos escribió cuando hicimos la primera comunión o en nuestros cumpleaños o un día cualquiera, mis primeros cuentos y muchas fotos.

De los actos de baile y teatro en el colegio, de las navidades, de los cumpleaños y de la graduación de mi hermana, fotos de sus hermanos a color y en blanco y negro. Él casi nunca aparece porque estaba al otro lado de la cámara, celebrándonos, inmortalizando nuestras alegrías y las tristezas que hoy nos dan risa. Son fotos de estética casual, nos captura cepillándonos los dientes o peinándonos, hablando en la cocina, con el teléfono en la oreja, viendo la televisión o leyendo una revista, tomando una cerveza, brindando.

Su forma de mirar cuelga ahora en las paredes de casa, está en los cajones y en las mesas de noche, está entre mis libros más queridos y en mis agendas de diario. Su forma de mirar es el último gran regalo que mi padre me hereda y solo me hace falta ver sus fotos para escucharlo diciendo que el tiempo está pasando, que la música suena siempre y que la vida es esto.

Cierro los ojos. Te recuerdo en blanco y negro. Ahí estás, pequeño y sonriente, el niño papá que jugaba feliz con mis abuelos. Ojalá que el cielo sea un recuerdo, una infancia feliz.

Abro los ojos.

La muerte, como la vida, separa a unos y une a otros. Brindemos por ella. A su salud.

IV

Caracas, enero de 2016

—Angélica y Gabriela: tienen una nueva oportunidad de avanzar hacia el futuro. Para bailar se necesitan dos y eso siempre es cierto: hace falta la pareja. No es que los planes de una necesariamente dependan de los planes de la otra, pero sí ayuda tener al lado a una compañera.

(Acordes de guitarra: la mayor, mi, fa sostenido menor, re, la, mi.)

—Papá: ¿cuál es el recuerdo más bonito que tienes con Angélica?

—El recuerdo más bonito que tengo con Angélica es la primera vez que la vi.

—Tú sí eres cursi...

—¡Gabriela!

—¡Con lo fea que era!

—¡Mentira, Angélica! Y ese es el recuerdo más bonito que tengo con ella... La primera vez que la vi. Sí, sí, ese es mi recuerdo: un 11 de mayo a las 8:25 a.m.

—Bueno, vale. ¿Y cuál es el mío?

—El tuyo fue un 21 de abril a las 11:50 p.m.

—¿Ese es el recuerdo más bonito que tienes?

—No, contigo tengo un montón de recuerdos. Como tengo igual con ella.

—Te estoy preguntando el más bonito.

—¿El más bonito? Bueno, sí, cuando te vi por primera vez.

—¿Por qué?

—Porque cuando uno ve a un hijo... Pega en el alma. Un día lo vas a entender.

(*Si pudiera volver a nacer*
te vería cada día amanecer
sonriendo como cada vez,
como aquella vez.
Te voy a escribir la canción más bonita del mundo,
voy a capturar nuestra historia en tan solo un segundo.
Y un día verás que este loco de poco se olvida,
por mucho que pasen los años de largo en su vida.
El día de la despedida
de esta playa de mi vida
te hice una promesa:
volverte a ver así.)

—Ok. ¿Cómo quieres que te recordemos?

—¿A mí?... Como un tipo tranquilo, simpático, buena gente, bonachón.

—¿Qué quieres que recordemos de este periodo? ¿Qué crees que tenemos que aprender?

—La unión, la tolerancia, el respeto. *Aceptación* no significa «te tengo que aguantar». No. *Sugerencia* no significa «tengo que hacer». No. Las cosas no son literales... ¡Nada es literal! Una misma cara tiene muchas aristas... ¡Y a sacar lo bueno! La vida no es complicada: uno la complica. Por eso se vuelve complicada: ¡porque uno la complica! Nunca lo olvides: cuando el mundo te dé vueltas, pisa fuerte y abre los ojos.

—¿Cuál es el consejo que le quieres dar a Angélica?

—Que al primer nieto le ponga Álvaro.

—Menos mal. Sabes cómo son las cosas aquí.

—¡Y tú le vas a poner Álvaro Segundo!

—No... ¡Yo le puedo poner Álvaro Segundo a un perro!

—¡No, niña!

—Bueno a un gato, a un conejo...

—¡Que no! Y niñitas: siempre atreverse. Atreverse a nuevas cosas. Y a veces hay que hacer como Cortés: quemar las naves.

—¿Y a mí qué consejo me quieres dar?

—Es que dar consejos es tan fácil...

—Si no me aconsejas tú, ¿quién me aconseja?

—A Angélica le diré lo que tengo que decirle, si es que se me ocurre qué tengo que decirle..., cuando venga.

—¡Pero... ¿y a mí?! ¡¿Ah, a mí no me vas a decir nada?!

—No... Yo creo que tú tienes las cosas claras, Gabriela, recuerda que estás viajando a una cita con el destino. A una cita que te va a acercar más al logro de tus propósitos. Necesariamente... Casi siempre, hacer lo correcto es lo que más pesa. Hacer lo correcto es duro. Tal vez por eso te ha dolido tanto esta ida, pero te estás yendo a un mundo diferente... Y eso es bastante, Gabriela, ¡eso es mucho! Eso te acerca cada vez más a Oslo. ¡Ah, y a Angélica: que haga ejercicio!

—¡Papá, pero ¿por qué a mí no me das consejos?! ¡Solo a Angélica, Angélica! Yo sé que ella necesita más consejos, pero no me excluyas.

—¡Mentira, Angélica, yo no he dicho eso! ¡Es ella, es ella! Pero en serio: otra cosa...

—¡¿Con Angélica?!

—¡Con las dos! Niñitas: recuerden que mi enfermedad tiene un curso, y así como tuvo un inicio va a tener un final. Cuando llegue ese momento no se dejen rajar, no se dejen partir, porque la vida no se detiene ahí: la vida sigue. Y es mejor enfrentarla con cara de que «puedo contigo», que con cara..., no sé, achicopalada. Sabes lo que significa «achicopalado», ¿no?

—Papá, por favor...

—Bueno, tú le explicas a Angélica por si no sabe. Lo mejor que me ha pasado en la vida... ha sido conocerlas. Eso fue lo que le dio sentido a mi vida. Se volvieron brújulas... Y la vida no termina, la vida sigue y sigue y sigue... ¡Y eso es bonito! Esa es una de las cosas bonitas de la vida: que sigue y no se acaba, que pervivimos en el tiempo. Y uno no se va mientras alguien lo recuerde. Uno se va cuando nadie lo recuerda. Mientras tú recuerdes que yo me caí un día de tu bicicleta. Mientras recuerdes cuando veíamos *El autobús mágico*, *Bananín y Bananón*. Cuando jugábamos con tus Pinypon... ¡Que nunca pude ponerle el casco al bendito Pinypon! Y otra cosa... Yo estoy seguro de que me he equivocado muchísimas

veces, pero ninguna de esas equivocaciones tuvo mal propósito ni fue a propósito.

—Lo sabemos. Y nunca lo dudamos. Papá, ¿puedo pedirte algo?

—¿Qué?

—¿Tú me prometes que si llega a pasar algo y yo no estoy aquí...? Por favor, despídete de mí igual. Yo sé que parece que me voy de viaje hoy, pero tú y yo sabemos, como solo tú y yo podemos saber, que yo me quedo contigo. Siempre contigo. Mi mano no te va a soltar nunca. Agárrame fuerte y despídete de mí.

La última noche

> Gabita, ten la seguridad de que mi último pensamiento va a ser para ustedes... Y para Pipo.
>
> ALVARITO

Mi papá abandona la casa rodeado por toda la familia que ha amado tanto. Sale en silla de ruedas porque, incluso en reposo, se ahoga. La BiPAP lo obliga a respirar, el aire presurizado se abre paso para llenar sus pulmones porque él ya no puede hacerlo. Sé que estaría silbando si pudiera, pero su cara está cubierta por una mascarilla que, según él, lo hace parecer un aviador. Yo, en cambio, veo en su rostro a todos mis pacientes, y a partir de ahora tendré que aprender a vivir con esta paradoja: salvarlo tantas veces y ninguna, ver su recuperación en otros pero no en él, ver su muerte en todos, verlo siempre, aunque no esté más.

Hace señales, nos pide que nos detengamos. Chasquea los dedos para llamar a su perro que observa todo desde una esquina, asustado, con la cola baja. El perro se acerca y se acurruca entre sus piernas, le lame las manos. «Chao, Pipo. Te quiero, Pipo. Chao, chao», dice con dificultad mientras lo acaricia y lo observa con ojos de padre. Sus ojos. Se queda así durante unos minutos, hasta que volvemos a empujar la silla de ruedas que nunca quiso usar.

En el ascensor, me mira. Me clava una mirada de las suyas y de nuevo me habla, a través de la mascarilla que no deja de enviarle oxígeno. Me repite eso que no ha parado de decirme desde que llegué: «No te olvides de Pipo cuando yo ya no esté. Te lo

llevas». Y sé que, si pudiera, estaría silbando, aunque vamos de camino al hospital y ahí va a morirse.

Ayer me pidió que lo acompañara al patio. Tenía meses sin salir de casa, pero, por algún motivo, ayer quiso hacerlo. Se sentó en uno de los bancos y se puso a tomar el sol mientras silbaba, que es su manera de cantar ahora que ya no puede. «Respira profundo, lo más que puedas, y retenlo. Ahora trata de seguir tomando aire, pero sin botar el que ya tienes. Así respiro yo, esa asfixia es la que yo siento», decía cuando trataba de explicarnos lo mucho que le costaba expulsar el aire que se enquistaba en sus pulmones. Desde entonces, silbar también era su manera de respirar, de disimular su ahogo.

Ahí, al sol, le hice un video para enviárselo a mi hermana: «Gabita, te quiero mucho, mucho, mucho», dijo, con los ojos apenas abiertos y agitado como ya nos habíamos acostumbrado a verlo. Luego nos quedamos juntos, de la mano.

Unas horas más tarde, la familia entera lo visitaría. La casa se llenaría de «Alvarito, esto», «Alvarito, aquello». Él los veía a todos reunidos, los escuchaba, les hablaba, se reía con ellos y por momentos lograba que todo volviera a ser como era antes de la enfermedad, antes de que comenzara a distanciarse de todos y hasta de él. Lo vi contento por estar rodeado de las personas que más quería; parecía aliviado, envuelto en esa compañía, pero también sabía que estaba asustado y que a su manera se estaba despidiendo.

Después, cuando la familia se marcha, comenzamos a vivir juntos la que sería su última noche en la casa y, al mismo tiempo, a entender que era la última. No fue, en realidad, su peor exacerbación, pero sí la más dolorosa porque supo que ya no estaba dispuesto a soportarlo más. Me miró, con sus ojos que siempre han hablado tan claro, y supe que me estaba pidiendo ayuda; mi papá delegó en mí la responsabilidad de ayudarlo a morir. A partir de ese momento, solo hubo miedo, como si te quedaras suspendido un segundo antes del choque, encandilado por la luz. La incertidumbre de ver que el final se acerca y no saber qué hay después.

Esta mañana compré un billete de avión para mi hermana, el que salía más rápido. En unas horas tendrá que volar y atravesar miles de kilómetros para volver a los abrazos de papá por última vez. Doce horas incomunicada en un avión, temblando por no saber si llegará a tiempo, pensando en qué va a encontrar cuando por fin esté aquí. Querer correr y tener que quedarse sentado mirando un reloj. Lo sé.

La llamé y le dije la verdad: «Gabbi, tienes que venir ya. Tu avión sale a las seis de la mañana. Ve a casa, haz una maleta pequeña para cinco días. Si puedes viajar con un bolso de mano, mejor. Llama el taxi diez minutos antes de salir de casa y llega treinta minutos antes de la hora al aeropuerto. Aquí te va a estar esperando mi mamá, ella te va a buscar y te trae directamente al hospital. Nosotros vamos saliendo ahora para allá. Gabbi: come, báñate y trata de dormir, trata de descansar. Quédate tranquila. Mi papá dice que por favor le traigas chocolates. Te esperamos». Luego llamé a mis amigas y les pedí que fueran a la casa a acompañar a mi hermana, que la cuidaran como habían hecho otras veces conmigo. Ellas sabían qué hacer.

A partir de ese momento, la mañana transcurrió entre más llamadas y trámites administrativos. Avisé a la familia, que pronto se reunió en casa, y preparamos todo para la ida. Mi papá no dejó de pedirme que pusiera canciones. Una tras otra.

Antes de salir del ascensor, me da la mano: «Bonita, tranquila. Tranquila». Lleva en brazos un peluche que le dio mi hermana antes de irse. La familia está por todas partes: abriendo y cerrando las puertas, cargando cables y equipos, acercando la silla de ruedas, trayendo una maleta pequeña con nuestras cosas. Afuera hay tres coches preparados para arrancar. A lo lejos, escucho a Pipo ladrar. Cuando comenzamos el camino a la clínica, me hace una petición: «Quiero hablar con un cura».

Miras a la muerte con tanta valentía, papá... Te atreves a decirle que estás listo. Vas a buscarla, a ella, que nunca se decidió a venir por ti.

En el hospital nos instalan en una habitación alta, con vistas a la montaña. Después de reposar un poco, me pide que le haga una

foto para Gabbi. En la imagen aparece él, conectado a su mascarilla de aviador, con el rostro recostado en el conejo de peluche y El Ávila al fondo. Se cuela el sol de las cinco de la tarde.

—Mándasela a tu hermana —insiste.

Cuando lo hago, siento ganas de llorar.

—Voy a dormir un rato, niña bonita —me dices.

Y tengo miedo de que no te despiertes, de que cierres los ojos en este mundo incompleto en el que mi hermana no existe y no puedas abrirlos de nuevo para encontrarla aquí. Siento tu angustia, papá. Y la de ella, que me responde: «Los quiero. Nos vemos en nada». Lo que realmente quiere decir es que está destruida, que le duele tanto el cuerpo que ni siquiera puede llorar, que quisiera gritar tan alto y tan fuerte que el cielo se viniera abajo y la distancia estallara en pedazos diminutos y la vida se viera obligada a levantar por un momento su peso de nuestro cuello. Pero, en cambio, trata de decir que está todo bien y que un océano no es nada, como lo hice yo tantas veces

—Oye, tranquila, que yo espero mis chocolates. —Tienes los ojos cerrados y así, en clave, con esos códigos tan tuyos, me confiesas en voz bajita lo que yo ya sabía: que a partir de ahora harás hasta lo imposible por esperarla.

El resto de la tarde se va entre pinchazos y nebulizaciones que aprovechas para tararear. También entre visitas y llamadas que respondes con dificultad, administrando el aire entre risas y llantos.

Te queremos tanto y tantos.

Cuando llega la noche, mi madre y yo nos turnamos para sostener tu mano hasta que la luz de la mañana nos calma un poco el miedo. Mientras te observo dormir, le pido a mi cerebro que no olvide nunca la sensación de sostener tus manos tibias en las mías.

Más tarde, cuando despiertas, llega el cura. Lo haces pasar a una habitación repleta de gente porque no tienes secretos para nosotros. Lo escuchas decirte: «Álvaro, no tengas miedo, Dios camina a tu lado».

Antes de volver a dormirte, hablas un rato con cada uno de nosotros. Nos agradeces. Te tomas tu tiempo; uno a uno. Estás tan

consciente de que este es el final, papá, de que vives tus últimos momentos, tus últimos pasos por el mundo... Y decides que prime el amor, a pesar del miedo. A pesar del dolor que comienza a amenazar a tu cuerpo.

Te prometí que no iba a dejarte sufrir.

Analgesia y sedación según protocolo.

Morfina y midazolam.

Perfusión continua.

Duerme, papá.

Pienso en Gabbi, que desde hace varias horas está volando en alguna parte del cielo, como suspendida en el tiempo. Pienso en esa vez, la primera, cuando creí que no llegaba, que te morías y que mi último recuerdo junto a ti iba a ser una despedida de aeropuerto, varios años atrás, esa vez que vine de visita sorpresa en Navidad.

Subir a un avión y no tener muy claro dónde te vas a bajar, porque un mundo en el que tu padre ya no existe tiene que ser algo muy distinto y mucho más solo, donde descubres que tú mismo has comenzado a dejar de existir también.

Esa vez miré por la ventanilla a un sol inmenso que despuntaba. Varias nubes grises amenazaban con taparlo. Y pensé algo como: «Si el sol sigue brillando es porque mi papá no ha muerto». Y cuando dejamos al sol atrás, continuaba brillando, a pesar de las nubes que ya habían comenzado a cubrirlo. A qué cosas nos aferramos cuando no tenemos nada que nos sostenga.

Tal vez Gabbi esté ahora contemplando el mismo sol, haciéndose la misma pregunta, y eres tú quien lucha por apartar todas las nubes, el cansancio, el dolor y el efecto de los sedantes.

Ya no hay marcha atrás, papá. La morfina se abre paso por tus venas y relaja tus músculos. Las luces comienzan a apagarse. Sé que de esta manera no sufre tu cuerpo, pero también sé hasta qué punto sufre tu alma. Sé que Gabbi aún no llega. Siento tu agonía. Me invade una desesperación muy grande porque entiendo que se agotan mis posibilidades de ayudarte, dentro de poco ya no podré hacer nada por ti porque dimos el último paso y ahora tu vida está en manos del tiempo.

—Tranquila, Ange, yo estoy intentando aguantar.

—Pero comenzamos a sedarte.

—Tranquila, bonita. Yo voy a estar bien, no te preocupes. ¿Cómo va tu hermana?

—Está en camino, pero todavía le falta un rato. No sé si va a llegar.

—Yo estoy aguantando, quiero verla. Trata de que nadie me despierte, que me despierte ella cuando llegue.

—Ok, papá. Pero tengo miedo. Necesito saber que estás bien, que vas a estar bien.

—Hijita, las quiero mucho. Son lo que más he querido. Cuídense mucho. Tienen que estar unidas. Y estén tranquilas porque yo voy a estar bien.

La voz de tu doctor me saca de mi ensoñación. Tú duermes, pero yo te escucho con claridad: «Hija, que no me despierte.» Aparto la mirada de la ventana, de la montaña que se extiende ante mis ojos, y lo detengo justo a tiempo

—Doctor, por favor, no lo despierte, quiero que lo haga mi hermana.

—No te preocupes, ¿cómo está? ¿Se acopla a la máquina?

—No muy bien, con dificultad.

—¿Aumentamos más la sedación?

«No, bonita, necesito tiempo.»

—No, esperemos a que llegue mi Gabbi.

—Esperamos, pero un poco. Ya comenzamos, tenemos que seguir. Lo más importante ahora es asegurarnos de que esté cómodo y sin dolor.

«Tengo miedo, papá. ¿Y si Gabbi no llega?»

«Tranquila, ya va a llegar.»

—Sí, un rato más y aumentamos.

Tomo tu mano. No te mueves y te has quedado en silencio, pero sé que sigues conmigo. El sol comienza a esconderse. Cierro los ojos y escucho afuera la voz de tus hermanos, los tíos que nos regalaste, y la de mis primos. Escucho los acordes de la «Barcarolle» que compuso Offenbach para nosotros, la música que eres, la música que dejas, las canciones que siempre van a unirme

a ti. Y entonces lo escucho: unos golpes que retumban, un latido que galopa y que podría ser mi corazón o el tuyo, pero no, son sus pasos. Gabbi viene corriendo hacia ti.

AGRADECIMIENTOS

Comencé a escribir esta historia hace ocho años en Caracas, en una librería que ya no existe. Nació como un único texto para un taller de crónica, pero pronto se convirtió en mi propia máquina de oxígeno.

Lo que me he preguntado muchas veces es en qué momento se transformó en un libro, en este artefacto autónomo que va mucho más allá de mí. Me aventuro a responder que sucedió cuando encontró a sus primeros lectores. Por eso, a todas las personas que se acercaron a esta historia cuando todavía era un montón de páginas desordenadas llenas de tristeza y miedo: gracias.

Agradezco especialmente a Héctor Torres, mentor y querido amigo, por su apoyo, su generosidad y por cada palabra amable que me ha obsequiado a lo largo de tantos años. A Xosé Neira Cruz, un lector inesperado que lo cambió todo. A Leo Felipe Campos, por su fe ciega en mí y en esta historia, por sus aportaciones, por su cariño, por sus promesas cumplidas. A Marcel Ventura, por abrirme las puertas y los brazos, por arroparme, por la velocidad de las cosas que no olvidaré nunca. A María Sobrino, que mucho más que mi editora, ha sido un corazón enorme que se ha acoplado al mío, por entenderme, por acompañarme y por impulsarme a dar un poquito más en esta recta final. A todo el equipo de temas de hoy, que es mi casa.

Estas líneas no estarían completas sin mencionar a mi hermana, Angélica, a mi madre, Janneth, a mis tíos, Polaco, Diego, Pedro, Maya y Magally, a mis primos y a mi perro Pipo: son mi herencia más importante. A mi querida señora Magdalena, un rayito de luz y alegría, para quien toda palabra buena se quedaría muy corta. También a la familia Soto García, que fue mi refugio,

que me mantuvo de pie y compartió conmigo su propia historia. A Andrés Rodríguez, por darme la mano con fuerza y por ser una brújula difícil de callar. A mis amigas, que han creado alrededor de mí un anillo de alegría impenetrable.

Por último, en el centro de todo, mi padre, mi primer lector y mi amor más grande. Hizo de su vida una historia que merecía ser contada y me la entregó.

GABRIELA CONSUEGRA

Nació en 1993 en Caracas, desde donde empezó a escribir esta historia. La terminó, tras muchas idas y venidas, en A Coruña, donde ahora vive y ejerce como periodista. Prefiere las preguntas directas para no acabar dando siempre vueltas de más, aunque con el paso del tiempo empieza a reconocer que a veces en círculos también se avanza.

Ha pasado un minuto y queda una vida
Gabriela Consuegra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de portada: © Planeta Arte y Diseño

© Gabriela Consuegra, 2021
Corrección de estilo a cargo de Ana Robla

© Editorial Planeta, S. A., 2021
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2021

ISBN: 978-84-9998-880-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!